

La Esfera

Año II.—Núm. 90

18 Septiembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL PRÍNCIPE LUIS-LEOPOLDO, DE BAVIERA

General-jefe de uno de los Cuerpos del Ejército austro-alemán, que tan brillante victoria ha obtenido en la Polonia rusa sobre las tropas moscovitas

Biblioteca de Comunicaciones
y Hemeroteca General

DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA
QUE PASA

DIABLURAS Y CHIQUILLADAS

La imprevisión causa, con frecuencia, nuestra desgracia; la previsión, la de nuestros prójimos. Todos esos niños que se intoxican con productos químicos y medicinas, que los padres dejan torpemente á su alcance; que se hieren al manejar armas de fuego, imprudentemente abandonadas; se golpean; son atropellados; se queman, y se descalabran, no son previsores; pero á los que, en fuerza de previsión, jamás se descalabran, ni se golpean, ni se caen, ni se queman, ni corren, les sucede otra cosa peor: no son niños. Cuidad á los niños; pero no les hagais previsores; basta que sean un tanto precavidos; porque la precaución no es egoísta; puede ser instintiva y por ende infantil; pero la previsión, la visión anticipada de lo que habrá de suceder, supone una desdichada hipertrofia prematura de los órganos del pensamiento; el precavido (debería decirse precáuto), evita el riesgo; el previsora (¿por qué no previdente?) busca la fortuna; precavido es Hamlet; previsora Syllock. Uno y otro son despreciados porque ven demasiado en el porvenir; saberlo todo es llorar todo y los niños ríen porque todo lo ignoran.

Los que han de mostrar previsión son los padres; en cuanto á los niños basta con que no sean impulsivos. Si pudieran leer en el porvenir, contar siquiera los peligros de que están rodeados no se atreverían á dar un sólo paso, vivirían sobresaltados, se harían excépticos, desaparecerían las rosas de su tez y el brillo de sus ojos; serían, en fin, viejos prematuros como esas criaturas que, á los diez años, marchan á toque de corneta, saben curar heridos y transportar camillas, hacen centinelas, vitorean á las instituciones y tienen su cartilla de ahorrar cuyo tanto por ciento saben ya calcular. Ser niño no es eso: es abrir el espíritu á todas las alegrías y esperanzas, sentir la dulce ingenuidad de las cosas; no saber del pasado ni del porvenir; gozar el presente como un don de los cielos y llevar golpes en los miembros para no sufrírselos en el corazón, como los lleva la experiencia que lo sabe todo y lo desprecia todo y ha olvidado el reír en fuerza de ser astuta y precaverse para no llorar.

Otro defecto de la experiencia es ser implacable; juzga á los demás por sí misma y pocas veces, ante la ajena debilidad tiene un gesto piadoso. Estos días se ha mostrado indignada porque se dice que tres ó cuatro periodistas necesitados han aceptado y acaso solicitado pequeños regalos del ex-sultán Muley Hafid. Se ha hablado de expulsiones solemnes y de castigos tre-



mebundos, como si se tratara de hechos penados en el Código. En verdad, tal rigor parece excesivo. En todas las profesiones y oficios hay últimas filas de necesitados y fracasados á los cuales no se puede exigir la más exquisita corrección, entre otras razones porque sus faltas no pueden perjudicar al prestigio de quienes tienen autoridad para representar dignamente á toda una clase. Los grandes toreros saben que hay *maletas* que viajan sin billete y no los denuncian á los revisores; los pediguñeros que importunaron al Sultán vienen á ser los maletas de la información periodística. Pasaban penuria, hambre quizás y supieron que había en Madrid un moro espléndido, como los cuentos de las mil noches y una noche y otra noche (que diría el eximio Blasco Ibañez) y en vez de decirle dos frescas, como el noble Caballero Audaz, fueron á demandarle humildemente un socorro, como los muchachos descalzos que abren las portezuelas de los automóviles.—¡Señorito: que Dios le dé muy buena suerte! Y el caballero les da unas perrillas, unas veces sinceramente conmovido y otras temeroso de que el desairado salga diciendo á sus camaradas.—¡Mecachis! ¿Habéis visto que tío más roñoso? Y la juventud no se escandaliza ni habla de expulsar de su pulcro seno á los pobres golfillos. Otras cosas hay que huelen peor. Además, creo firmemente que no ha habido semejantes incorrecciones y que lo que se cuenta es fantástico.

¿Qué se figuraba el donante? ¿Que iba á comprar á Tito Livio? ¿Que podía sobornar á la Prensa española con cuatro relojes de peltre? La Prensa nada tiene que ver con eso, no llega su previsión á tanto. El *chantage* sólo existe cuando el culpable tiene una firma y dispone de un gran órgano de publicidad y cuando, además, obliga á alguien á desembolsar cantidades ó á otorgar mercedes á cambio de indulgencias. Pero cuando un aficionado á las letras, un pobre escritor de capeas, publica un elogio en «El eco de los neurasténicos» ó «La voz de los guarda-agujas», y luego pide la propina al interesado, con no darla se resuelve el conflicto. Los periodistas de verdad, que nos llamamos escrupulosos—y á veces lo somos—, no tenemos derecho á injuriar á los zapironcillos que nos lamen el asador. Fueron imprevisores; tal fué su culpa; pero á nuestro pundonor no atentaron. Cada uno es quien es.

Diabluras de chicos. Pero ¿van á cometer las diabluras las personas entradas en fortuna y en años? Hace poco, unos mozalbetes injuriaron cerca de Bilbao á la bandera nacional. ¡Cuántas veces, cuando ganen en reflexión lo que pierdan en arrebato, no llorarán su necia chiquillada! Sentirán haber cometido el sacrilegio y se ruborizarán al recordarlo como los chicos que entran, por gracejo, cubiertos en la iglesia y luego sueñan aterrados con que San Roque les tira fuertemente de las orejas y se ponen colorados cuando encuentran al sacristán, y piensan á todas horas en el diablo y se juran no cometer, en lo sucesivo, sandez semejante. Están perdonados; son criaturas inexpertas que, en vez de caerse en la tina de la colada ó de rodar por la

escalera con la botella del aceite ó la jaula del loro, ó recortar distraídos con las tijeras unos títulos de la Deuda, arrancaron una bandera y la pisotearon, creyendo pasar así por unos hombrecitos. Luego lo habrán sentido de todo corazón, sobre todo cuando vean que la bandera sigue tan respetada como siempre, y que les impone el sagrado deber de ser ciudadanos. Dentro de pocos años, se dirán muy bajito: «Oye, muchacho: ¿te acuerdas de aquella burrada que hicimos?» Porque los hombres ya maduros gustan de recordar las enormidades que cometieron en la adolescencia y recrearse en ellas, sin dejar por eso de reprobarlas. ¡Ay! Era aquella la grata edad de la imprevisión, en que todos los horizontes eran rosados, en que aún no había mostrado su espectro sombrío la

musa fría del análisis y en que la culpa misma sabía unir diademas y calzar sandalias de flores.

Un poco de piedad para las diabluras. Yo me acuerdo que, siendo muy niño, hice una barrabasa al maestro. En el momento en que inclinaba sobre el pupitre la cabeza calva y reluciente, arrojé sobre ella una bola de papel.

Don Jacinto quedó desconcertado; en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Quién ha sido el autor de esta infamia?—interrogó balbuciente.

Dudé un momento; pero, después, temiendo que pagase mi culpa algún compañero, dije:—Yo he sido.

Salí avergonzado. Al día siguiente llegué jugando con otros niños hasta la puerta de la escuela. Allí había un grupo de gente que hablaba en voz baja. Del balcón entreabierto, salía una siniestra claridad, que me asustó:

—Retírate, niño—me dijo tristemente una anciana—. Ha muerto D. Jacinto.

Quedé sobrecogido un instante; al fin entré resueltamente en la escuela.

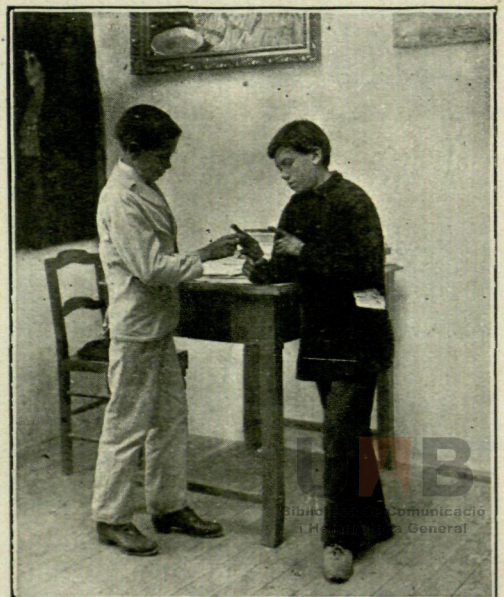
Allí estaba el cadáver, imponente, severo, con la faz dulcemente contraída. Yacía entre sus libros y mapas. Sobre los pies del féretro y al lado de sus negros paños, se extendía la bandera amarilla y sangrienta de la patria.

En aquel punto recordé la pobreza del pedagogo, sus virtudes, su labor incansable, su cariño y benevolencia para conmigo.

Y, subiendo al tablado, me incliné sobre aquel corazón que tanto había amado, sobre aquella cabeza un tiempo pensadora, siempre ofendida, hice en ella estallar un beso... y huí.

ANTONIO ZOZAYA

FOTS. SALAZAR



LA LUCHA EN LOS DARDANELOS

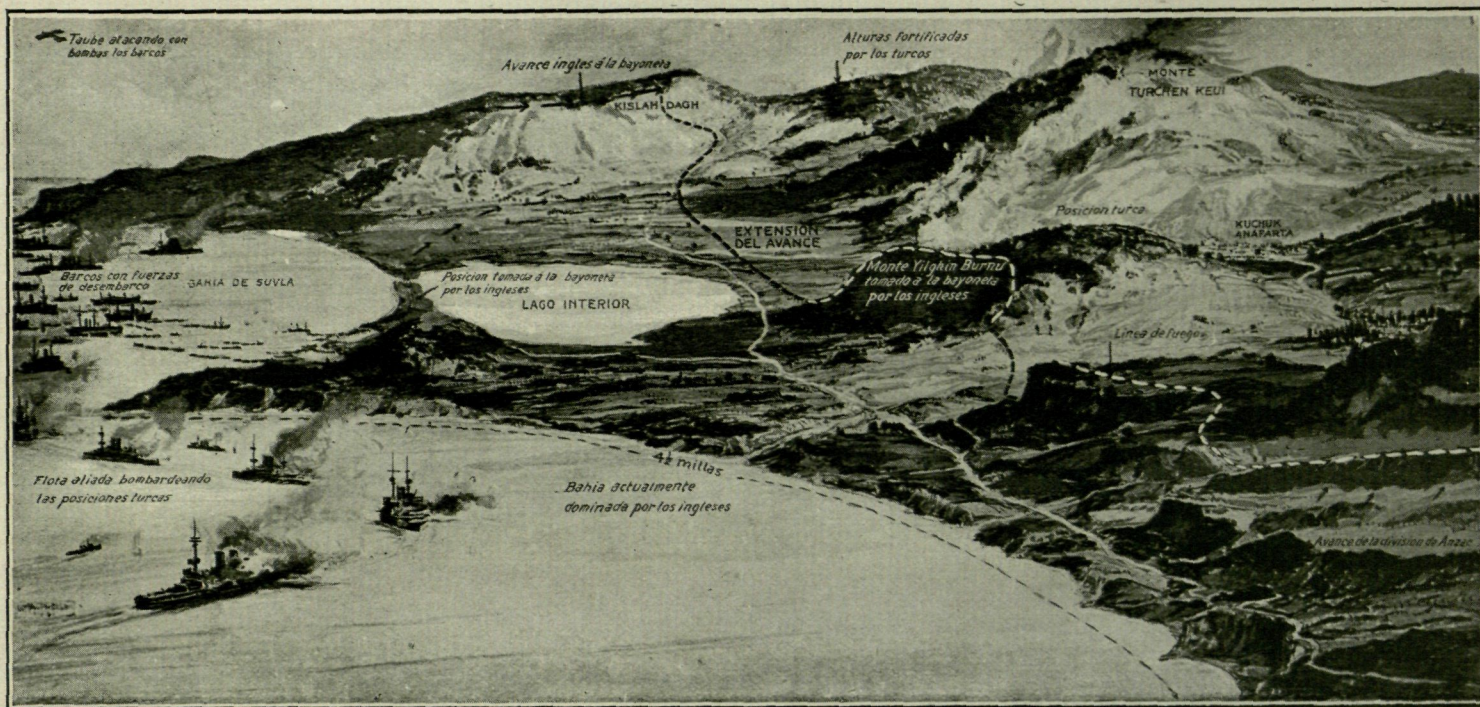


Gráfico demostrativo de las últimas operaciones realizadas por los aliados en los Dardanelos

EPOPEYA TENAZ

DEFENSA obstinada, violenta, trágica, ataque vigoroso, enérgico, sangriento, y día tras día ambos beligerantes escriben una página de gloria, un capítulo más de la cruel epopeya, en la que los dos bandos ponen decidida abnegación y bríos sin límites.

Inglaterra guardó los buques poderosos de sus gigantescas escuadras, ya que el forzamiento naval requería pérdidas cruentas, y confluó la tenaz labor de guerra terrestre á australianos y neozelandeses, en combinación con sus tropas coloniales y con el ejército expedicionario francés.

Cada vez son más terribles los combates en la agreste península de Gallipoli por la posesión de un palmo de aquel terreno quebrado y abrupto, regado con la sangre guerrera de defensores y atacantes.

Recientemente, en la mañana del 6 de Agosto, el cuerpo de ejército australo-neozelandés, después de desesperados esfuerzos logró llegar á las dominantes crestas de Sari Bahr. Contraatacaron los otomanos con grandes fuerzas y los heroicos soldados que ocupaban la colina fueron rechazados. Casi sin apoyo escalaron las escarpadas crestas australianas y neozelandesas, batiéndose como leones en épica desición. Dice *The Dayl Mail* que fué un combate de gigantes en un país gigantesco.

Mientras la fuerza principal salía de la posición, la división australiana lanzábase en ataque contra la colina de Lone-Pine (el pino aislado), que tiene una gran importancia esiratégica, y que los turcos habían convertido en verdadera fortaleza.

Con furor de fanáticos se lanzaron los australianos á la pelea, arrancando y haciendo volar los abri-

gos superiores de las trincheras. Los turcos se batieron denodadamente en una depresión del terreno; cuando el combate se generalizó, cada hoyo, cada zanja, cada declive, era testigo de un terrible choque, brutal, cuerpo á cuerpo, en ruda lucha sangrienta y feroz.

Sucesivamente cuatro líneas de trincheras cayeron en poder de las fuerzas británicas, que en su victorioso avance hicieron consumo enorme de bombas de mano.

Por tres días y tres noches los turcos repitieron infructuosamente sus desesperados contraataques para reconquistar el terreno perdido, prosiguiendo la interminable batalla sobre montones de cadáveres.

La misma noche del 6 comenzó al Norte un movimiento de fuerzas bajo el amparo de la obscuridad.

Contra la posición de Sari Bahr avanzaron las huestes aliadas, pasando en grupos por una zapa estrechísima para desplegar, después, con un extenso frente. Ante una audaz amenaza de

envolvimiento realizada por los otomanos, los atacantes tuvieron que efectuar un rápido repliegue. prosiguió el combate todo el día del 7 y la mañana del 8, reforzando á las fuerzas de asalto tres columnas de neozelandeses y de indios y quedando una brigada en reserva para el asalto final de Chunuck Bahr.

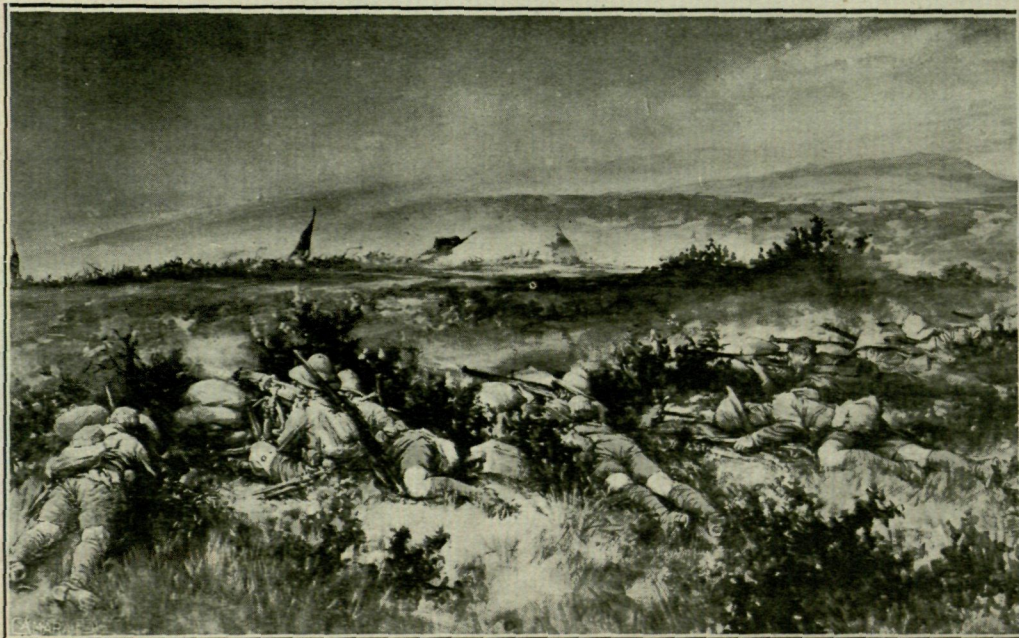
El día 9 precedió al avance de las columnas un bombardeo terriblemente enérgico por mar y por tierra, llegando los gurka hasta el desfiladero principal, pero retirándose ante la violencia de los ataques otomanos. Los neozelandeses ocuparon y sostuvieron Chunuck Bahr.

Amanecía el día 10 cuando los turcos se lanzaron el asalto desesperado de la posición perdida, una división completa en orden cerrado, logrando empujar á los regimientos de refresco que ocupaban la cima; mas al pretender ganar el barranco del Sur de Rhododendron, los cañones ingleses y las baterías de las escuadras aliadas barrieron con un huracán de proyectiles, las compactas filas otomanas. Dígase en honor

del ejército turco, aun diezmadas sus filas y niquiladas sus fuerzas, la división continuó su avance en varias columnas y en Rhododendron hicieron retroceder á las huestes inglesas en emocionante cuerpo á cuerpo, en el que generales, coroneles, jefes y oficiales, mezclados con la tropa, dieron loable ejemplo de abnegación y bizarría, en épica pelea individual.

Y esta epopeya sangrienta y cruel tiene que proseguir por el amor propio empeñado de la Gran Bretaña, y porque precisa rápidamente que Rusia obtenga el prometido auxilio, como precisa que se abra la barrera que cierra la exportación de sus graneros.

¡Empeño trágico!
CAPITÁN FONTIBRÉ



Una guerrilla inglesa haciendo fuego en el camino de la posición de Anazarta

DE NORTE A SUR

Los niños que serán yanquis

Al comienzo de la guerra ya inquietó la pregunta como un presentimiento más trágico que todas las actuales tragedias de exterminio. ¿Qué sería de los huérfanos?

Viendo cómo las razas se mermaban, cómo las poblaciones se deshacían y cómo toda idea de amor y de paz se borraba con sangre, pensamos en el futuro. Estos huérfanos de hoy llevan, inconscientes, en sus espíritus, los gérmenes de la vida nueva. Miles de ellos están destinados a envejecer sobre la esteva, a morir prematuramente asfixiados por la atmósfera enrarecida de las minas, o a dar sus energías a la industria y al comercio. Otros mil entrarán en las oficinas del Estado, en los centros de enseñanza, o divertirán a sus semejantes desde los escenarios de los teatros. Menos miles, centenares tal vez, escribirán libros y hablarán desde tribunas políticas y aumentarán los tesoros de los Museos y pondrán sobre las ciudades reconstruídas la gracia rítmica de nuevas estatuas...

Pero, ¿será en ellos un recuerdo de barbarie y de infamia esta guerra, o, por el contrario, servirá de mayor acicate para excitar esta crueldad sanguinaria que duerme en el fondo de nosotros y que el militarismo germánico ha sido ahora el primero en despertarla?

Cada cabecita rubia es un enigma de porvenir. Detrás de sus pupilas, que tan precozmente se asomaron al dolor, ¿qué ideas estarán agazapadas? Dentro de diez, de quince años, ¿se lanzarán unos contra otros con las manos envilecidas por las armas del odio o con las manos abiertas, ennoblecidas por el trabajo, en un ademán de fraternidad?

Aún no lo sabemos. Pero otras consideraciones más apremiantes, más del momento, aumentaban la angustia proporcionalmente al tiempo que pasaba, siempre ensordecido de cañonazos.

Seguían muriendo millones de hombres, seguían destruyéndose pueblos y ciudades y el número de huérfanos era cada vez mayor.

Hemos llegado a pensar las naciones neutrales que al otro lado de las fronteras sólo quedan niños abandonados y hombres que se desangran, palpitantes aún, o que hieden ya inmóviles, ofreciéndose a los cuervos...

En España se intentó algo más que las estériles lamentaciones o que el rabioso cambio de insultos entre germanófilos y francófilos. Fué en el *Nuevo Mundo*, por generosa iniciativa del señor Urgoiti, donde se inició aquel propósito de recoger y adoptar niños belgas que ahora Norte América empieza a realizar.

A Nueva York han llegado cerca de un centenar de niños. Llegarán más aún. Y en un pueblo libre, fuerte y sano, crecerán y serán elementos de la gran nación yanqui.

¡Bello ejemplo a invocar por los que creen, muy lógicamente, que nada significa la progeneritura, sino el ambiente en que el hombre desenvuelve su vida. Estos niños a quienes la guerra, bruscamente, apartara de la existencia placida y tranquila de las ciudades flamencas para llevar-

les a una nación totalmente distinta, sólo conservarán del sitio donde nacieron sus ojos azules, de dulce mirar, y el odio a la Germania imperialista y militarista.

Cosas ambas de digna admiración.

El elemento civil

La Bayoneta, el admirable semanario satírico francés, el único que ha sabido afianzarse y adquirir una vida sólida, de tantos como el despertar de Francia ha creado desde que empezó la guerra, consagra su número último a *Les civils*.

Los lápices más populares de Francia, Willette, Forain, Faivre, Iribe, Truchet, Radiguet, Fabiano, Rabier, han colaborado en este número con una valentía y un amor a la verdad que no puede ser más admirablemente franceses, más *gauloises*. «En Francia han ido todos los hombres a la



Huermanitos belgas inmigrados a los Estados Unidos, que los ha acogido como hijos adoptivos



—Yo, amigo mío, mi mujer puede asegurarlo, ¡no he retrocedido jamás!

(De *La Bayonnette*)

guerra», se ha dicho bastantes veces. Y Francia contesta. «No; no han ido todos».

Han ido incluso los que no debían ir porque de ellos esperaba la nación nuevas obras que añadir a su literatura, a su arte, a su ciencia, tan florecientes y tan decisivas en el pensamiento contemporáneo.

En las listas de muertos vemos nombres de escritores, de músicos, de hombres de ciencia que no vacilaron en acudir a las trincheras.

Pero hay una clase de ciudadanos franceses que permanecen tranquilamente en sus casas o en naciones neutrales importándoles bien poco que su nación se desangre. Y esto de que acusa *La Bayoneta* a compatriotas suyos, podría decirse con mayor motivo por ser mayor el número de alemanes y de ingleses que están en las mismas cómodas circunstancias.

¿Quiénes son estos hom-

bres sordos a los lamentos de sus patrias respectivas? Son, precisamente, aquellos que de nada sirven tampoco a su patria en los tiempos de paz, los que pesan sobre ella, los centenares que viven a costa de millones de sus contemporáneos. Aquellos para quienes existe el ejército y las leyes terribles y las bellezas y mujeres pobres e indefensas.

Son los aristócratas, los enriquecidos, los altos empleados de la burocracia, los banqueros, los protegidos de señoras más o menos influyentes...

Con ellos se encara *La Bayoneta* y les grita su ignominia. Pero ellos se encogen de hombros y sonríen. Tienen la seguridad del triunfo de Francia... que les permitirá seguir su vida holgachona de parásitos. Y si Francia no triunfara, les importaría lo más mínimo.

Tal como está organizado el mundo, en todas partes hay palacios donde puedan habitar esa clase de individuos, hay leyes que les protejan, hombres a quienes explotar y mujeres que les mientan amor por hambre.

Los muñecos trágicos

El general Hindenburg puede sonreír satisfecho. Ya tiene una estatua en Berlín y una casa en Koenisberg. La estatua alcanza no sé cuántos metros de altura; es verdaderamente *Kolossal*.

La casa es mucho más práctica. Es una institución para recomponer hombres. No en vano Alemania es la primera nación en todo, según dicen sus partidarios. Su ejército es el primero del mundo, sus cirujanos y sus médicos los primeros. Puestos de acuerdo unos y otros, Alemania será invencible.

No importa que todos los días queden fuera de combate millares de soldados germánicos. Con tal de que no les corten la cabeza, se les puede recomponer.

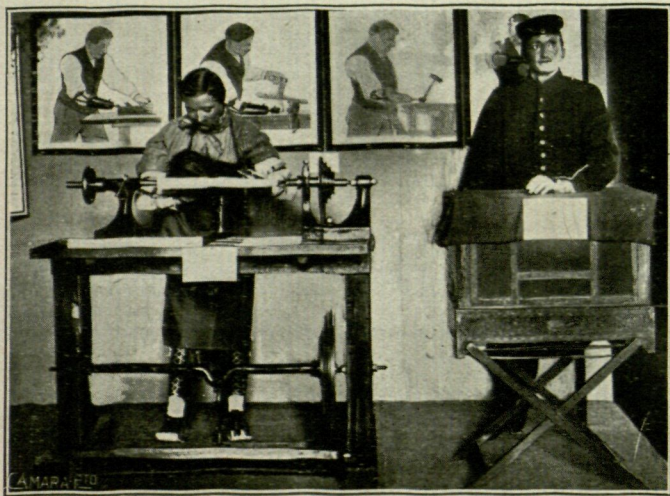
En la *Casa de Hindenburg* se reconstruyen los que antes se consideraban ya inútiles. Desaparecerán los cuarteles de Inválidos porque ya no tendrán objeto.

La *Casa de Hindenburg* es una ingeniosísima fábrica de aparatos ortopédicos donde, para cada soldado inútil para la guerra, se le construye brazos y piernas especiales, teniendo en cuenta su oficio anterior a la guerra. Los miembros artificiales del carpintero no son iguales a los del sombrerero o a los del sastre o a los del herrero. Esto tiene la ventaja de que no pueden ya perder el tiempo aprendiendo nuevos oficios, porque esas manos y pies no sirven sino para lo que fueron creadas...

He aquí una inadvertencia. ¿Por qué proveer a los hombres que la guerra desechó por inútiles, de elementos de paz y de trabajo? Lo lógico hubiera sido fabricar un mecanismo igual para todos; unos brazos artificiales que sólo sirvieran para disparar fusiles. Hubiera sido mucho más barato y más dentro del espíritu germánico.

i Hemeroteca General

José FRANCÉS



Figuras comparativas de un inválido alemán de la guerra de 1870 y otro de la guerra actual

LOS JARDINES MADRILEÑOS

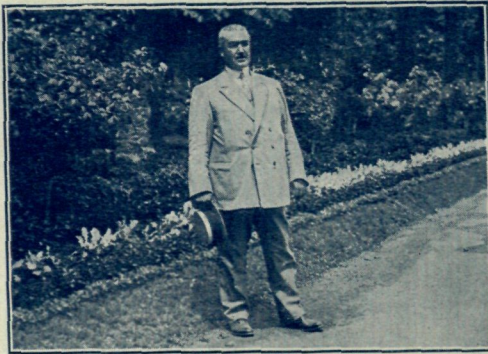


La Puerta de Alcalá, con el nuevo adorno de jardinería que decora su emplazamiento

La solemnidad con que el alcalde de la Villa y corte ha querido celebrar el hecho de que se haya concedido la Cruz del Mérito Agrícola al jardinero mayor del Municipio madrileño, da actualidad á la obra que este hombre ha realizado. No nos parece esta una materia baladí. Claro es que, antes que jardines, la capital de España necesitaba satisfacer bien otras más urgentes necesidades urbanas de saneamiento, de higiene y de decoro. Pero dejemos á un lado cuanto hay de olvido y abandono en estos asuntos y atengámonos al hecho de que Madrid ha comenzado á tener jardines públicos.

Es más difícil eso de lo que parece. Ni el clima ni el suelo de la capital se prestan bien al fácil cultivo en las plazas pequeñas, en los paseos y aun en las calles mismas.

No basta á las necesidades higiénicas de Madrid, ni á su aspecto de urbe moderna poseer dos grandes masas de arbolado como las que



D. CECILIO RODRÍGUEZ CUEVAS
Jardinero Mayor del Ayuntamiento de Madrid

se mantenían, á fuerza de riego, en el Retiro y en la Moncloa. Necesitaba que sus vías anchas y sus plazas tuvieran árboles también y quien quiera pasee por la corte puede advertir cuán raquítica y mustiamente se crían los plátanos y las acacias en el borde de nuestras aceras. No hay para qué recordar aquella vida precaria del *Pinar de las de Gómez*, del que nos parece que quedan en la calle de Alcalá uno ó dos árboles. Es el suelo calcáreo; es el clima excesivamente frío y excesivamente caluroso, con sus bruscas mudanzas; es la extrema cantidad de polvo y suciedad que el tráfico callejero produce; es, en fin, el escaso amor del vecindario; cada una de estas causas y todas ellas juntas, tienen la culpa de que en Madrid los árboles criados en las calles, no alcancen la frondosidad y esplendor que tienen en Barcelona, en Sevilla, en Málaga ó en Oviedo.

En los paseos amplios, como Recoletos, los



Una de las plazas de los jardines de Recoletos, recientemente reformados



Un detalle del Parterre, en los jardines del Retiro

árboles se defienden mejor, pero aun así, no llegan á tales grados de vigor y hermosura que se les pueda amparar victoriosamente de los ataques del más moderno de sus enemigos; este enemigo nuevo es el partidario de los jardines.

Todo esto quiere decir que este ramo del ornato público encuentra en Madrid dificultades que no tiene en otras poblaciones, y que, así, será muy difícil que lleguemos nunca á tener un arbolado como el del ensanche de Barcelona, y mucho menos como el de otras poblaciones del Mediodía.

Acaso por esto, los partidarios del jardín artificial, compuesto, bordado, parecen triunfar en la corte. Madrid se va llenando de estos jardincillos; en las colinas del Retiro, al pie de las estatuas, en derredor de la Puerta de Alcalá; ahora, ya, en una larga extensión de Recoletos y hasta en las vecindades de los alegres merenderos que bordean la carretera de El Pardo.

Sin duda, estos jardines son una cosa admirable; trazados con tiralíneas; igualados en sus colorines de un modo sorprendente, necesitan una cantidad enorme de estudio, de paciencia y de habilidad. Se trata de un arte, que quita á la Naturaleza toda espontaneidad, toda libertad. Lo mismo que de flores naturales, con la misma simetría, con el mismo color, con el mismo brillo podrían bordarse ó tejerse esos jardines con flores de trapo ó de papel.

Pasada la novedad, esos jardines acabarán por disgustaros. Os producen el efecto de una obra



Adorno de jardinería con que ha sido rodeado el monumento á Mesonero Romanos, en el paseo de Recoletos



Jardines con que ha sido disimulado el desnivel existente en la calle de Bailén, frente á la plaza de la Armería



Los jardines de la plaza de Isabel II y el nuevo adorno de flores que rodea el monumento

chinesca, en que admiráis la paciencia y la agilidad manual de quien las hizo; pero no os da ninguna sensación de belleza. Tan bien metiditas en sus líneas, recortadas sus hojas para que no descompongan el conjunto, las pobrecitas flores nos parece que están presas en un trozo de cañamazo.

Además, durante el verano, esos jardines á ras de tierra no nos ayudan á defendernos del calor solar. Las florecillas están mustias y descoloridas; el sol las abrasa. Teníamos una gran explanada, el Salón del Prado, donde nuestros chiquillos jugaban; se la ha convertido en un jardín sin sombra ni frescura; Recoletos, que era una umbría, se está convirtiendo en jardines.

Es posible que los que tal hacen tengan razón; que estos jardines sean bellos; que una gran urbe deba gastar demasiado dinero en estas alfombras de flores mientras quedan abandonadas otras urgentes atenciones de saneamiento, de higiene y de ornato; pero nosotros creemos que lo que Madrid necesita en sus calles y en sus plazas, son árboles, árboles y árboles.

Los parques son para quienes tienen horas libres y van á recrearse en ellos, y para los niños de los ricos que pueden ir acompañados por *nurses* y criadas; pero los árboles de la calle y de la plazuela son para los que van á su trabajo, para todos los vecinos, pobres y ricos, para Madrid, en suma, que necesita oxígeno...

DIONISIO PÉREZ

AUTORES CÉLEBRES
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

GRAN parte de la humanidad propende, en todos los órdenes de la vida, singularmente en la esfera literaria, á la parcialidad y á la exageración al juzgar las obras y las acciones ajenas, siendo contadísimas las personas ecuanímes, de perfecto equilibrio y juicio sereno, que logran colocarse en el justo medio, que es donde suelen estar la lógica y la justicia.

Sugíreme esta breve consideración el recuerdo de las diversas y exageradas opiniones que se han emitido acerca del célebre escritor cuyo nombre encabeza estas líneas. Ni Martínez de la Rosa merece, en estricta justicia, los exagerados elogios que se le tributaron en vida, ni el hosco desdén con que le trata la posteridad. No fué un águila de la Poesía, como afirmaron algunos de sus contemporáneos; pero tampoco una insulsa medianía, como hoy sostienen algunos críticos apasionados. Ni lo uno ni lo otro.

Tal vez el desdén de ahora es la reacción lógica á la exageración de antes, que fué natural, puede decirse, teniendo en cuenta que el autor vivió en las más perfectas condiciones para ser adulado y que es humana condición el adular á los poderosos.

Un escritor tan independiente como *Figaro*, hablando del estreno de *Aben-Humeya*, de Martínez de la Rosa, verificado en junio de 1836, decía:

«Cuando además de ser el autor hombre de pro en literatura, ha sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si ésta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad.»

Ya antes, en Abril de 1834, hablando de *La conjuración de Venecia*, había escrito el propio *Figaro*:

«Esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiración de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un Estatuto Real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito.»

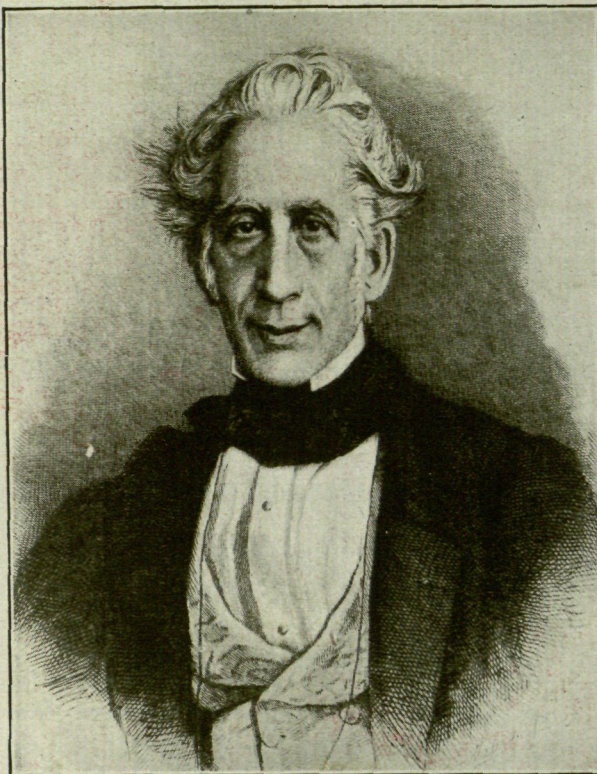
Si un espíritu tan valiente como *Figaro*, que nada necesitaba ni quería del Poder, se expresaba de esa suerte, figúrese el lector lo que dirían los pretendientes y los agradecidos. Pues, lo que dijeron. De ahí que la reacción haya sido tan extremada.

Uno de sus biógrafos, el más eminente, sin duda alguna, ha escrito:

«Martínez de la Rosa, aunque ingenio andaluz, era ingenio del siglo XVIII, y su filiación, no es ciertamente de Lucano y de Góngora, ni siquiera de Herrera y de la escuela de Sevilla, sino de Leuzán, de Moratín y de Meléndez. Sus cualidades más señaladas eran un buen gusto, algo estrecho, no tan instintivo como formado y nutrido por el estudio; cierta templada armonía de facultades é inclinaciones; facilidad agradable y disertar; cordura en todo, y horror á los desentonos y á las exageraciones; limpieza algo monótona de ejecución; estilo fácil y más desleído que preciso, sin nada en que tropiecen los ojos ni el oído, pero también sin nada que suspenda ni arrebaté.»

En estas líneas del insigne é inolvidable Menéndez Pelayo está contenido el juicio más acertado que se puede formular acerca de Martínez de la Rosa. No era un genio, pero tampoco un hombre adocenado. Aunque empezó á escribir en el siglo XIX, era un literato del siglo XVIII, como atinadamente dice Menéndez Pelayo, llevando á los escritores de dicha época la ventaja de una tolerancia que ellos no tuvieron, transigiendo con todas las innovaciones, por lo cual puede decirse que fué poeta de transición, poeta ecléctico, que se elevó á gran altura en alguno de los géneros que cultivó.

Por ejemplo, siendo más inclinado á la escuela clásica que á la romántica, con su drama *La conjuración de Venecia*, dió en el teatro Español la primera batalla contra el clasicismo, ha triunfado el primero y ha sido el heraldo involuntario de *Don Alvaro*, de *El trovador*, y de



D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Los amantes de Teruel. Si alguien le hubiera dicho que era un autor romántico, seguramente se habría ofendido.

La flexibilidad de su talento le permitió abordar todos los géneros literarios, aunque no siempre con la misma fortuna, siendo de notar que como más se distinguió fué como escritor didáctico, asignando un fin docente á la literatura y sosteniendo, con toda formalidad, que el teatro es, ó debe ser, escuela de las costumbres.

Su *Poética*, que, con las notas y apéndices, ocupa dos tomos, quizá debe tenerse, en opinión de un eminente crítico, por el mejor cuerpo de doctrina literaria que entonces había en España; pues aunque en ese trabajo sustenta ciertos errores de bulto, entre ellos el de las tres famosas unidades, de acción, de tiempo y de lugar, que imponían los galoclásicos á las obras teatrales, por la corrección de la forma, la elegancia del estilo y el depurado y exquisito gusto que no abandona jamás al poeta, es el más seguro guía para los jóvenes principiantes. En tal sentido, Martínez de la Rosa debe ser considerado como uno de los más sabios profesores de Retórica y Poética.

Después de sus trabajos didácticos, lo más notable de Martínez de la Rosa es su drama *La conjuración de Venecia* y su *Elegía á la muerte de la Duquesa de Frías*. *Aben-Humeya*, estrenado primero en París, en lengua francesa, y luego en Madrid, en castellano, vale poco, y ni en Francia ni en España gustó gran cosa. Su tragedia *Edipo*, imitación de la de Sófocles, aunque cuidadosamente versificada, es árida, fría y repugnante, y carece de la grandeza adecuada al género. No hay en la forma sensible de esa obra el calor necesario ni la elevación de pensamiento que pide el asunto. Según el ya citado Menéndez Pelayo, los coros del *Edipo*, de Martínez de la Rosa, «son coplillas de zarzuela».

Su tragedia *La viuda de Padilla* es una altisonante y huera declamación en pro de la libertad, en la cual tragedia se cometen no pocos anacronismos y algunas falsedades históricas, siendo la más notable el suicidio de la protagonista. Dió, además, al teatro *La niña en la casa y la madre en la máscara*, *Los celos infundados ó el marido en la chimenea*, *La boda y el duelo* y no sé si alguna otra. En estas tres comedias siguió las huellas de Moratín, resultando con menos gracia y menos relieve que el modelo, en

cuanto á la disposición de las situaciones y al trazado de los tipos y caracteres, siendo siempre correcto, pulcro y atildado en la forma.

En suma, Martínez de la Rosa, sin ser un genio sublime, merecedor de admiración entusiasta, fué un gran literato, un profesor de las letras, mejor dicho, acreedor al respeto, á la consideración y aún al agradecimiento de las generaciones que le han sucedido.

La vida política de este poeta sencillo, correcto y apacible, fué por extremo accidentada y azarosa. Nació en Granada, en 1789 (cuando nació la Revolución francesa), y con dispensa de edad entró á formar parte, en 1812, de las famosas Cortes de Cádiz, donde no tardó en distinguirse por su elocuencia y su amor á la libertad.

Tanto se distinguió en tal sentido y tales eran su prestigio y su popularidad, que á la vuelta á España del deseado Fernando VII, en 1814, tuvo el triste privilegio de ser uno de los primeros que excitó las iras de aquel rey canalla, siendo recluido en el presidio del Peñón de la Gomera, «donde contrajo enfermedades que le pusieron á las puertas de la muerte, sin que sirvieran las súplicas de su familia ni para conseguir su traslado á punto más sano». ¡Bueno era el tal Fernando, para prestar oído á la justicia y abrir su alma á la compasión!...

Con aquella odiosa persecución crecieron su prestigio y su popularidad, siendo arrancado al presidio por la Revolución de 1820 y traído como diputado á las Cortes de aquel año, donde volvió á lucir su elocuencia y donde, por virtud de las locuras de los liberales exaltados, rectificó grandemente sus ideas y, como el Duque

de Rivas y otros políticos españoles, abandonó el partido liberal é ingresó en el moderado, perdiendo en un momento toda su popularidad.

En el debate acerca de las asonadas de Riego y la disolución del Ejército de la Isla, tuvo este arranque tribunicio:

—No, no veo la imagen de la Libertad en una furiosa bacante recorriendo las calles con hachas y alaridos; la veo, la respeto, la adoro, en la figura de una gran maítina que no se humilla ante el Poder, que no se mancha con el desorden.

A consecuencia de su cambio de ideas, vióse una vez acometido por las turbas en 1822, cuando salía del Parlamento, donde había pronunciado un gran discurso, defendiendo la reforma de la ley de Imprenta, y el mismo riesgo corrió, aún con caracteres más graves, el 11 de Mayo de 1835, después de una tumultuosa sesión del Estamento de Procuradores, y siendo á la sazón Presidente del Consejo de ministros.

Ni aun en los lances más apurados de su vida perdió nunca la serenidad. En salvo ya en su casa, después del último atentado, le preguntó uno de sus sirvientes:

—¿Qué es eso, señor?

—Nada: festejos de mis amigos—contestó tranquilamente.

En un estudio político, publicado recientemente por el distinguido escritor D. José Fesser, se lee:

«Un señor Mejía, redactor del execrable *Zurriago*, fué el hombre que con mayor pertinacia y ensañamiento difamó y calumnió en su papel á Martínez de la Rosa. Mejía terminó la poco envidiable carrera de su vida, aviesa y agitada, en un hospital. Cuando se vió este desgraciado cubierto con la mancha de sus pasados desaciertos y en el sepulcro del olvido, Martínez de la Rosa acude al hospital, se sienta á la cabecera del enfermo, y allí le perdonó y le bendijo, y le estuvo consolando y socorriendo hasta que exhaló el último suspiro.»

Era un hombre buenísimo, y la corrección, la distinción y la afabilidad personificadas. Nunca pudo decirse con más razón que «el estilo es el hombre».

Murió Martínez de la Rosa en Madrid, en 1862, y su entierro fué una de las más grandes manifestaciones de duelo que ha presenciado esta villa y corte.

Francisco Flores García



LA ESFERA

DE PURA CEPA ESPAÑOLA



DE LA HUERTA VALENCIANA, por E. Sanz-Sanz

ESCENAS DEL DESIERTO



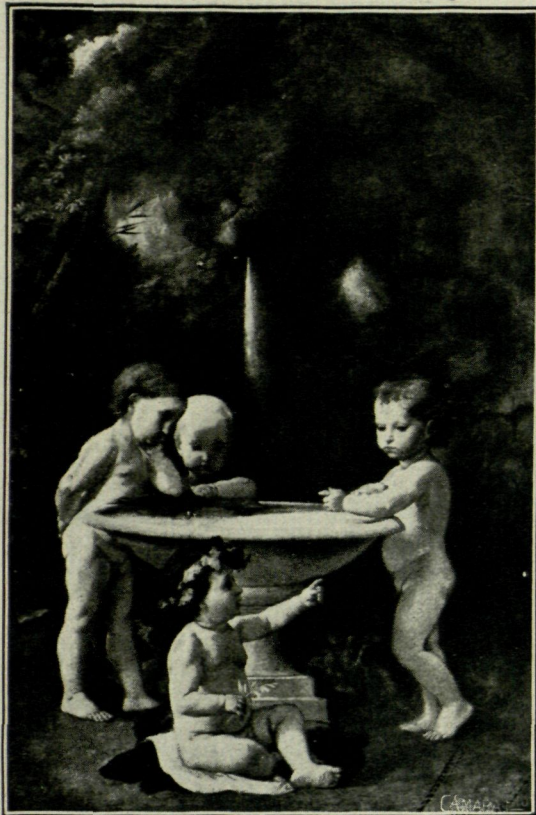
CAMARAF 20

1 Hemeroteca General

UN ALTO EN EL OASIS

FOT. LEHNERT

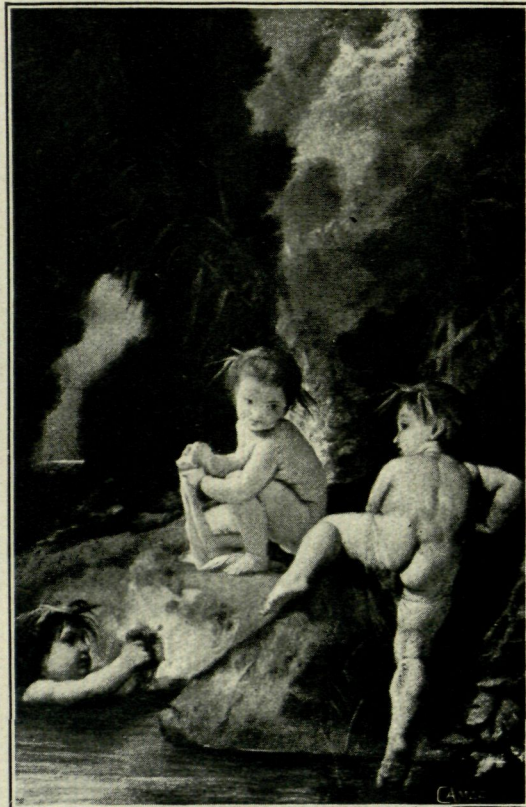
DE ARTE EXTRANJERO
LOS NIÑOS DE FEUERBACH



"Los niños en la fuente"



"Los niños y la ninfa"

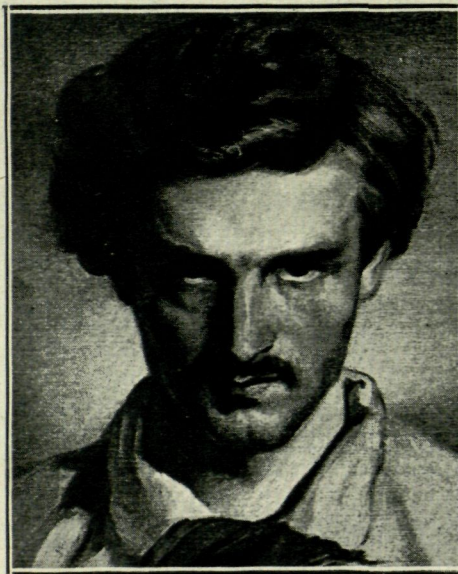


"Niños en el agua"

QUIEN ha visto el misterio reflejado en los ojos de las mujeres que Feuerbach pintara; quien ha admirado á Nanna, á Ifigenia, á Virginia y á la Poesía, expresiones supremas del arte de este pintor, concibe cómo son sus niños. Dijérase que espiritualmente no son niños. Hay en ellos una melancolía, una preocupación, un ensimismamiento que los aleja de la realidad. Son hijos de Arte; no hijos de hombre.

Acaso, si se hiciese un estudio detenido de los niños en la Pintura, se advertiría que los artistas, al pintar á los pequeñuelos, han perpetuado un indestructible convencionalismo. Los niños escasean en la Pintura. Murillo los hace ángeles, y lo mismo él que cuantos pintan á la Virgen, rodeada de pequeñuelos alados, establecen una disparidad excesiva entre la edad que aparentan tener y la viveza é inteligencia reflejadas en sus rostros. Otro niño que se repite enormemente en Pintura, y muy especialmente en la española, es Jesús, chiquillo; Jesús, en sus primeros años, rodeado de sus padres, acompañado del Bautista, humano como en la Sagrada Familia del pajarito.

En todas estas representaciones se produce una extraña sensación; este niño no sabe quién es, está inconsciente de la misión que ha de cumplir, y, sin embargo, os parece un niño sobrenatural. Y lo raro de esta observación es que podéis encontrarla en todos los pintores de la escuela italiana y de la escuela española, á pesar de que muchos de estos pintores ponen todo empeño en humanizarlo. En otras escuelas se llega á más aún; nada más carnal que las vírgenes de Durero; no se puede hablar de ellas sin un poco de irreverencia; sus vírgenes, amamantando á Jesús, tienen un profundo sentido de fecundidad, de materialidad; el niño no tiene mayor expresión que cualquier rorro en brazos de su ama de cría y, sin embargo, es algo superhumano. Durero llega á más. Pinta un paisaje alemán; la orilla del



"Autoretrato de Anselmo Feuerbach"

Rhin ó del Netze con su casa campesina de altos tejados. La Virgen mira encantada á Jesús, sentado en su falda. El niño le da de comer á un pajarito. En el suelo, sujeto por una cuerda, un mono se impacienta. Se ve que este mono es el compañero habitual de Jesús, el que juega con él, el que le entretiene. La idea es un poco ridícula. Acaso sea un intento simbólico, pero no podemos asociar ambas figuras; ni siquiera hay precedentes; el mono no es animal bíblico. Y, sin embargo, de este descendimiento á las lindes de la vulgaridad y la chocarrería, el niño conserva no sabemos qué de augusto y superior.

Otra observación, que no creemos sea nueva, porque parece lógico que alguien la haya hecho antes, es la de que este niño Dios, que durante varios siglos es casi el único niño que trazan los pintores, tiene — pictóricamente hablando, se entiende —, una tremenda semejanza, una relación de continuidad con el otro niño que monopoliza la Pintura pagana y mitológica; el niño Amor, que acompaña á Venus. Ideológicamente no hay la menor relación entre una y otra figura. Ha sido la falta de imaginación de los pintores, su torpeza técnica la que ha establecido este paralelo. En el símbolo mitológico, la figura de Venus es lo esencial; además, su desnudo bello atrae la mirada; el niño es un complemento, un accidente. En cambio, en la historia cristiana lo fundamental es Jesús. A pesar de esta enorme diferencia los pintores han trazado frecuentemente á Jesús niño, como han pintado al Amor.

Feuerbach crea un nuevo tipo; quien conozca sus mujeres sombrías, misteriosas y vea estos niños preocupados y ensimismados pensará: son los hijos de Nanna. Son los hijos espirituales del artista. Este hombre es un atormentado. Basta ver su autoretrato, que se conserva en el Museo de Karlsruhe. No hay para qué indagar en su vida. Su vida está en sus cuadros.



"La serenata"



"Recuerdo de Tivoli"

otro modo está en el cuadro *Recuerdo de Tivoli*, de la Pinacoteca de Munich. Aquí los enamorados no se miran. Entona ella una canción campesina. Allá á lo lejos, un salto de agua cae rebotando en la peña y se desliza hasta el riachuelo. ¿Por qué mirando este cuadro nos acordamos de Dafne y de Cloe?

También Feuerbach tiene su *Madonna*. Está en el Museo de Dresde. Si no conociéramos sus cuadros de mujeres, si no hubiéramos visto la misteriosa Nanna reproducirse en símbolos admirables como Ifigenia y la Poesía, creeríamos encontrar antecedentes de esta *Madonna* en Rafael de Urbino, pero el arte de Feuerbach es más amplio, más comprensivo y, sobre todo, el Niño no se parece á ningún Jesús de los que el Arte ha creado en cinco siglos. Hacemos un esfuerzo de memoria y no encontramos nada semejante, no ya en la postura y en el gesto, sino en la expresión y en la mirada. Es el niño-dios sabedor del hondo misterio de su vida. En cambio, los ángeles que hay en segundo término son niños verdaderos; no tienen alas; dijérase que el pintor ha querido rodear al Hijo de Dios con hijos del hombre.

En cambio; he aquí estos niños paganos. Toda la dulce poesía de la Arcadia palpita en estos cuadros: *Sileno adormeciendo á un niño*, del Museo de Karlsruhe; *Niños bañándose* y *Niños en la fuente*, hermosa pareja del Museo de Mannheim y la *Serenata infantil*, del Museo de Leipzig, tienen el mismo espíritu. Son niños que pudiéramos llamar pictóricos, convencionales, pero están poseídos de una gracia infinita. El cuadro de Sileno es una composición admirable,



"Idilio"

De estos niños hay dos que el artista repite en distintas ocasiones. Como los antiguos maestros, tiene una idea fija, que va desenvolviendo en versiones semejantes. En el Museo de Bale está su *Idilio*; en la nueva Pinacoteca de Munich su *Dos niños* y *una ninfa*. Son dos cuadros casi iguales.

Sin duda alguna el artista quiere encarnar la iniciación del amor. El niño toca en su viola una canción de amor; la niña escucha complacida; por entre los árboles y las quebradas peñas avanza la ninfa desnuda, coronada de flores; es la sugestión. A los pies de los incipientes enamorados hay una ensenada de mar tranquilo. ¿Qué edad tienen estos niños? Estos niños son una ficción.

En sus ojos hay un vigor de pensamiento y de pasión que niegan sus débiles miembros.

La misma idea, expresada de

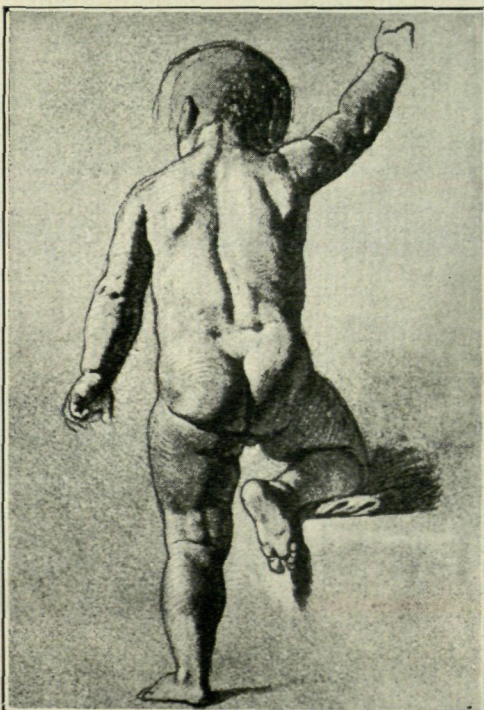


"Sileno con los niños"

diálogo de amor ó en el chorro de agua cristalina que salta entre los peñascales de la lejanía y pone sus notas alegres en el concierto del niño que salmodia en su flauta, de la niña que entona una canción y de los pájaros que cantan en la fronda... No son los niños sólo... ¡Es la vida entera lo que Feuerbach lleva á estos cuadros!...

La vida, tal como él la entiende, preocupada, misteriosa, interrogadora del porvenir, porque en estos niños que ríen, que juegan, que comienzan á iniciarse en los sagrados ritos del amor, se advierte la misma idea interior, honda, anímica que en Nanna, cuando contrae sus labios en una tenue sonrisa, como la divina *Gioconda*, y mira á lo incierto, y deja caer sus manos sobre la falda, en un desmayo de voluntad...

MÍNIMO ESPAÑOL



"Un estudio", de Feuerbach

digna de los grandes clásicos que hicieron resucitar en pleno catolicismo la mitología y el arte pagano.

Pero, además, en estos cuadros de niños, Feuerbach, se nos aparece como paisajista. En sus mujeres, en su *Madonna* misma, la figura es todo y de la figura dijérase que todo el cuadro está en los ojos y en la boca— aun en los ojos cerrados de la *Madonna*—. Pero en los cuadros de niños surge el paisaje, como para cobijarlos, para ampararlos en su ambiente de infinita poesía. Y dijérase ahora que si de esos cuadros borráramos las figuras infantiles, quedarían unos admirables paisajes, donde pueden habitar las ninfas, donde Sileno puede salmodiar en su doble flauta.

Precisamente, lo que caracteriza mejor la obra entera de Feuerbach es la sobriedad, la austeridad con que cada cuadro se concreta al asunto que quiere expresar. En sus figuras mitológicas, en sus retratos, no hay nada más que ellos mismos, apenas sin fondo, sin un detalle que distraiga la vista, sin nada que aparte la atención de la idea vivificada en el cuadro. Dijérase que Feuerbach no cree necesario que sus cuadros tengan ambiente. Así, la idea simple, concreta, se transmite al espectador con una sola vibración, con una sola ojeada, y al llegar á él, se agranda y se ahonda, porque no tiene desviaciones ni amplificaciones.

Al pintar sus niños, el procedimiento cambia. No importa ya que la mirada se desvíe y se aleje de las figuras para recrearse en el bosque, por entre cuyos árboles avanza sigilosa la ninfa, deseosa de escuchar la virginidad de un primer



"Un estudio", de Feuerbach

Cuentos Españoles



A CÁ ya era más que conocida la fama de su sabiduría y buen arte por mi sobrino, que es un incienso humano de vuesa merced, y yo creo que con toda justicia.

—Señora, la acendrada amistad de Lópe Félix y la nunca bien alabada bondad de vuesa señoría, hacen ver méritos donde desgraciadamente no existen. ¿Qué más quisiera yo? ¡Alabado sea Dios!

—La modestia es una joya más en la limpia aureola de los méritos de vuesa merced. ¿Quién pensara que en un cuerpo tan joven puede encerrarse la profunda ciencia de un sabio? Por eso, cuando Lópe me rogó que pusiera toda mi influencia para traer á vuesa merced como lector de literatura á esta Universidad, no dudé un punto, y ya ve como á la postre (aunque algo difícilillo era) lo habemos conseguido. Lo malo será que los discípulos tendrán poco respeto á un maestro tan joven, y aún éste hará con ellos alguna travesura.

Y al llegar aquí, la hermosa dama sonrió picarescamente.

Tal coloquio sostenían, hacia los primeros días de Septiembre, doña Clara Eugenia, hermosísima matrona, que ya caminaba á muy buen paso por las verdes veredas de su otoño, y un D. Miguel de Bobadilla, gentil mancebo, harto de estudios, que á la docta y famosa Universidad

de Alcalá de Henares iba á ocupar una cátedra de Humanidades.

Parece que el mozo había siempre sido muy buen camarada de Lópe Félix, hermano de la gentilísima mayorazga, y, en Madrid, habían andado juntos al estudio en la clase particular de un sabio humanista, y luego de la clase, por los capítulos de la vida y las comedias de amores y martelos.

Fináronse los estudios, y el D. Miguel, que tenía muy buena madera estudiantil, fué doctorado de Humanidades por la dicha Universidad complutense.

El camarada, conforme retiróse al amparo de su hermana, que era en Alcalá tenida en mucho, así por su belleza extraordinaria como por su mucha hacienda y poderío, no olvidó aquella buena amistad, é intercedió con ella para que procurara con su mucha influencia el traslado de Bobadilla á la cátedra complutense, y como quiera que en todos los tiempos y en todos los órdenes de la vida siempre ha triunfado la voluntad de las hermosas, aconteció que fué atendida la petición por los señores del Consejo, y en los primeros días del ópimo mes de los frutos y de las vides, presentóse el neófito doctor en la sabia ciudad á tomar posesión de su cargo y á besar las bellas y femeninas manos que se lo hubieron de procurar...

Esta doña Clara Eugenia, no se piense, al mirarla disponer, pedir y conseguir con tanto desbarazo y soltura, que fuese dama correntona y de condición un tanto libre y desaprensiva. No, si no muy al contrario, era espejo de limpias honestidades y claro y fuerte sostén de los prestigios de su casa.

Siendo como era la perla de Alcalá (y desta manera solían nombrarla), nunca quiso entrar en la vasta cofradía del matrimonio, aunque muy buenas y ventajosas proporciones se la ofrecieron, y así, sin otra sombra que la de sus muchos pretendientes, iba pasando la flor de su vida. Y más parece que animaba á muchos á servirla el mirar que era no nada mogigata ni zahareña, pues gustaba de la graciosa y honesta charla y aun de que la ofrendasen sutiles y discretos floreos...

Don Miguel, estábale tan agradecido y mirábala con tanto respeto, que casi las virtudes y rango de la rica hembra no dábanle lugar á descubrir las perfecciones de la mujer.

Cada anochecido acudía á su estrado y estaba el hombre ímido y respetuoso, que más tviérasele por colegial que por maestro. A cuanto ella le preguntara (que por cierto hacía con mucho interés y afecto) respondía él en tan respetuoso tono, que con la misma reina tengo para mí que no mostrara tan rendida pleitesía.

Doña Clara Eugenia solía decir, con muy buen gracejo, que el Sr. D. Miguel más que un maestro de Humanidades, parecíalo de ceremonias.

—No le quiero yo tan corto de genio al señor Licenciado—decía—, sino con más espíritu, sin dejar de ser hombre grave, como le está bien á todo un hidalgo de la más docta casa del saber.

Y decíalo de una forma, que á otro que no fuese tan apocado y comedido como su merced, bailáranle las telillas del corazón.

De allí á pocos días, abrióse el curso, y don Miguel tomó posesión de su aula, y diz que fué muy bien recibido por catedráticos y alumnos. Acudió por la tarde al estrado de doña Clara, y como al despedirse, con talle muy gentil, le tendiera la mano para que la besara el hidalgo, á la mañana siguiente recibió la hermosa un bello ramo de violetas, acompañado de un perfumado billete en que el maestrillo agradecía muy cultamente el ceremonioso paso de la mano besada.

Decía así:

Angélica señora, si servida
sois de que os bese la divina mano
con efecto rendido y cortesano
al marcarme una audiencia por cumplida,
entera el alma me dejáis sumida
en un confuso y lamentable arcano,
porque ignoro si adoro ó si profano
reliquia que por Dios vos fué prendida.

Pues, ¿no advertisteis que pareme en ella
muy confuso, primero de besalla?
Y á fe mía que no fué el retenella,
sino lucha entre tales reflexiones:
¿Esta es la mano que dan para besalla,
ó es claro manantial de bendiciones?

□□□

Aquel alquitarado respeto, fué cediendo su almidonada tiranía, ante la mucha belleza y gracia de la dama, y poco á poco llegó un tiempo en

que el sabio catedrático encontröse con que más que para respetar estaba para adorar...

Antes que para leer cursos de Humanidades, estaba para sopista en las cátedras de Amor. Y una tarde no pudo más, y entre burlas y veras llamó al corazón de doña Clara Eugenia, soberbia pieza que todos los galanes creían cerrada á piedra y lodo...

Y de allí adelante, según dicen las crónicas complutenses, fueron dos finos amantes, pero parece que al señor Licenciado costábale grande trabajo dejar el respeto y la cortesanía extremados aún en las sabrosas jornadas de martelo, y siempre á vuelta de mil retóricas y dos mil empelagosos concetos, decía algún capítulo del código de Cupido.

Doña Clara Eugenia mostraba paciencia y llevaba tanta intempestiva cortesanía con buen agrado, en gracia á que cuando aparecía el amador era un verdadero florilegio, y podía escuchársele muy bien.

En esta manera fué amor firando de su copo y llegó una tarde en que la guapa hembra dió su consentimiento para ser licenciada, en llegando el curso nuevo.

Y en todo Alcalá fué más envidiado el joven humanista que si acumulara los tesoros del Sofi.

—¡Gloria á Dios! y que buena prenda se lleva—decían todos—. Rosa de otoño es; pero no hay desde la Corte hasta el reino de Aragón otra tan arrogante y espléndida.

Como vamos viendo, no es cosa de milagro aqueste amor que honestamente iba por las sendas de la Iglesia á legalizarse en los altares; pero ello es que á quien tráele á cuento le hizo cierta gracia, porque vió en él que ante Cupido, mayorazgo de doña Venus y tirano del mundo, no hay ceremonias ni conveniencias y llega un

punto en que todo lo echa á rodar y lo concierta á su albedrío.

Mansamente, por sus pasos contados, iba este martelo, y diz que una noche, al suspenderse en la reja, pidió el galán adelantado un beso, faltando pocas semanas para la boda; discreta y graciosamente fué respondido que mañana, y así pasóse un buen espacio, sin conocer el dulce sabor de aquellos labios; todas las noches era hecho el ruego y respondido con las mismas palabras: *Mañana*.

Y una tarde, que en toda ella no había visto doña Clara Eugenia á su D. Miguel, recibió un billete, que decía:

—Solamente acudiré mañana á la reja, con la seguridad de que habréis de despacharme este

SONETO

Bella Clarilis, de los ojos verdes,
por tu vida te pido que mañana,
al salir al altar de tu ventana,
de aquel ofrecimiento te acuerdes.

No olvides que es un beso lo que espero.
Ve que pensando e n él tan sólo vivo,
y tal desta esperanza estoy cautivo,
que de tanto esperar me desespero.

Si está el darle en tu boca tentadora
¿por qué quieres dejarme del sediento?
¿Por qué tanto esperar, gentil señora?

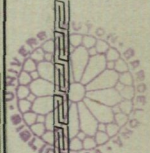
¿Nunca oiste decir, Clarilis mía,
qué lo que hacerse pueda en el momento
jamás se ha de dejar para otro día?

Y diz que el pedigüeño recibió un papelico, con estas palabras:

—Venga el necesitado, que sobre la palabra que tiene dada de matrimonio se le anticipará lo que desea...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



UAB
Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca Central

LAS CIUDADES DE LA GUERRA
DOUAI, LA SALAMANCA FLAMENCA



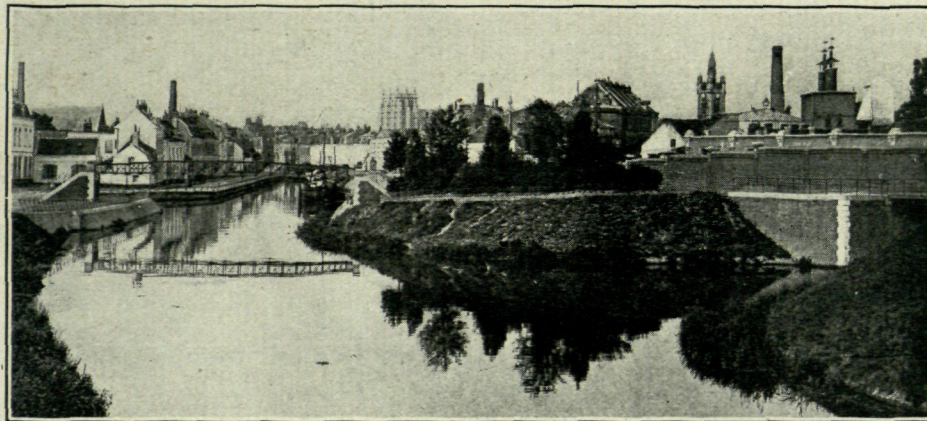
La plaza de Thiers, en cuyo centro está emplazado el monumento conmemorativo de la guerra de 1870

ESTA ciudad que ves ahora, lector—si no *campos de soledad, mustio collado*, como la española Arras—, en poder del invasor, fué española también, como todas las de esta parte de Flandes, y no una ciudad cualquiera, sino de las más importantes y más bien amadas. Felipe II quiso hacer de ella una gran capital del alborotado Condado que tanta sangre costara á la ambición española.

Quiso españolizarla además, y tuvo la brava idea de establecer en ella una Universidad. Contaba el Monarca con que trasplantar á Douai la vida y las costumbres de la turba estudiantil de Salamanca era inflamarla en espíritu español, y así arraigarían allí, con la cultura clásica española, con nuestras

matemáticos. Pero nuestro Arte no. El Arte ha salvado siempre á España. Como un manto dorado, el nombre de los artistas cubre las épocas de más vergonzosa decrepitud. Velázquez llena de resplandores el reinado de Felipe IV; Quevedo nos hace ser misericordiosos para el Conde Duque; Cervantes cubre con su gloria las desmedradas figuras de Felipe III y su valido el de Lerma...

En Douai, al amparo de la vida intelectual que la Universidad felipiana sustenta, se va creando la Biblioteca, que aún existe, con sus trescientos sesenta incunables y sus mil ochocientos manuscritos, muchos de ellos españoles; y se va creando el Museo de pinturas, que es hoy uno de los mejores provinciales de Francia.



La pasarela sobre el río



La casa del escultor Juan de Gouy

humanidades, nuestra literatura y nuestra teología, algo de nuestro modo de ser. Es posible que Flandes rechazara nuestros soldados mercenarios, nuestros capitanes aventureros, nuestros inquisidores torvos, duros y tercos, pero lo que seguramente no rechazaría Flandes sería la alegre estudiantina, con sus hábitos picarescos y jocundos.

Fué una estéril iniciativa de habilidad política. Douai no pudo, no tuvo tiempo de españolizar el resto del Condado de Flandes y corrió la suerte adversa de todo aquel territorio perdido palmo á palmo y ciudad á ciudad. Al cabo, el tratado de Utrech puso término á aquellas grandezas españolas.

Pero la Universidad subsistió y con ella cuanto había creado de cultura, de costumbres y de espíritu español. Había de darse el contrasentido de que la creación de aquel tremendo reaccionario—¿no acusan á Felipe II de reaccionario?—viviera hasta que la Revolución francesa diera al traste con ella... ¡la Revolución, hija de la Enciclopedia!

Durante muchos años, por lo tanto, aun después de 1667, en que Luis XIV se apoderó de Douai, permaneció en ella el ambiente españolísimo de la Universidad. Era un trasunto, una imitación de Salamanca. Torres Villarroel, el pícaro, hubiera podido hacer en Douai las mismas burlas que en Salamanca hizo. Desgraciadamente, allí como aquí, la ciencia española andaba en una deplorable decadencia y había más afición á ser burlescos astrólogos que serios



Iglesia de San Pedro

Allí está, procedente de la Universidad, uno de los admirables *San Francisco de Asís* en que Zurbarán llegara á la más exacta expresión del éxtasis místico; allí están, procedentes de España, unos hermosos Van Dyck: *Cristo llorado por los ángeles*, *San Benito recibiendo á San Plácido* y unos retratos; allí están, del viejo Bassano, el *Bautismo de Santa Lucía* y la *Anunciación*; allí tiene Rubens su *Niña* y el *Sátiro* y su portentosa *Vendimia*...

Recorreis la población, y á pesar de que en el último siglo la industrialización de la ciudad, y especialmente la de los barrios populares, ha ido quitando carácter á las calles, á los edificios, á las costumbres, á las maneras, encontráis, sin duda, la huella española, el sabor español. En las fortificaciones, de las que aún quedan algunas de los siglos xv y xvi, en la puerta de *Notre Dame* y en la iglesia de la misma advocación, donde está el famoso retablo de Anchin, en la fachada gótica del *Hotel de Ville* y en la puerta disixcentina del *Palacio de Justicia*, quedan las marcas del arte español...

Pero, ¿visteis nada más español que las procesiones de gigantes y cabezudos? Los tenéis en Toledo, en el corazón de Castilla, los encontráis en Zaragoza y en Cataluña y en el viejo reino de León; mezcla de farsas paganas con las procesiones religiosas... Pues en Douai tenéis la *familia gigante*, y data su nacimiento de la fecha más característica de la dominación española: de 1556. Cada año se rememora la liberación de Douai con funciones religiosas y con pasear á los gigantes por la población. ¿La liberación de quién...? Se libró Douai de la Reforma. Nada podía ser más grato á Felipe II. El Almirante Coligny se había empeñado en llevar el protestantismo á Douai; hizo para ello esfuerzos increíbles, y bien conocen cuantos saben historia, y hasta los aficionados á la música, de lo que era capaz el fanático Coligny. Douai supo defenderse; supo resistir hasta que Coligny se retiró buscando otro campo donde espigar catecúmenos.

A las autoridades españolas no se les ocurrió cosa mejor para solemnizar el suceso que dar gracias al Altísimo celebrando una solemne pro-

cesión, y en ella, como novedad que regocijara al pueblo, sacar una pareja de gigantes. ¿Quién era entonces gobernador de Douai? No lo sabemos. Ciertamente, quien tal fuese, había visto en Toledo ó en Zaragoza los gigantes que allí había desde los tiempos moros. Arraigó la nueva fiesta y se ha hecho tradicional. Los gigantes y gigantillos de Douai tienen fama en todo Flandes, y cada año, cuando llega la conmemoración del ahuyentamiento del Sr. de Coligny, acuden numerosas gentes de la comarca á presenciar el pintoresco desfile.

Ahora Douai rememora, en su propia angustia y en su propio espanto, los dolores de la guerra. Situado en la misma línea de fuego, y en poder del enemigo, todo él es cuartel, hospital, batería y polvorín. El tráfago de la vida militar; el ir y venir de tropas y abastecimientos; los

convoyes de heridos, harán que se olvide á los gigantes y gigantillos, que son para reídos en días más apacibles. Douai no ha sido bombardeado cruelmente y tenazmente, como Arras; conserva íntegros sus antiguos edificios, y las hileras de sus casas bellas, en sus calles amplias y alegres, no han sufrido detrimento. El canal de Scarpa no ha visto rotas sus esclusas, y hasta donde alcanza la línea de trincheras, en que cada día se combate, el agua sigue fecundando los campos de regadío.

El invasor hace esfuerzos para que la vida civil se mantenga normalmente; pero no llegan las caravanas de turistas que antaño visitaban las iglesias y los museos; no han salido á la calle los gigantes y gigantillos, ni los vecinos se atreven á cantar el alegre coro en que los buenos católicos se burlaban del Sr. de Coligny; el estruendo de la vida militar, con sus músicas, sus voces de mando, sus ruidos de rodar de cureñas y chapotear de caballos, no produce alegría como en las horas de la paz, sino temor y tristeza; la incertidumbre del porvenir, cuando cada ciudadano anhela espiritualmente trazar las fronteras de su patria, hace que los que no huyeron en los primeros momentos de la invasión, estén acongojados y entristecidos... Apenas oscurece, las calles quedan solitarias.

Hasta el alba se escuchan voces de centinelas, el pasar acompañado de las patrullas, el rodar seco de los carrromatos que van á la línea de fuego con víveres y municiones, á veces el chapotear de regimientos enteros que vienen de las primeras trincheras ó van á ellas, el rechinar de las cureñas de la artillería nueva que llega incansablemente, incesantemente del fondo de Alemania y, al cabo, gritos, alaridos, sollozos, verdaderos rugidos de fieras torturadas... ¡Es la ambulancia de los heridos de cada día!

Y luego, agregad á eso que en el alma de cada ciudadano muere rabiosa la peor de todas las iras: la de la impotencia. ¡Oh, los *sin patria* de antaño, retóricos como Hervé, debieran ver cómo han hecho á estos doloridos *sin patria* de hoy!

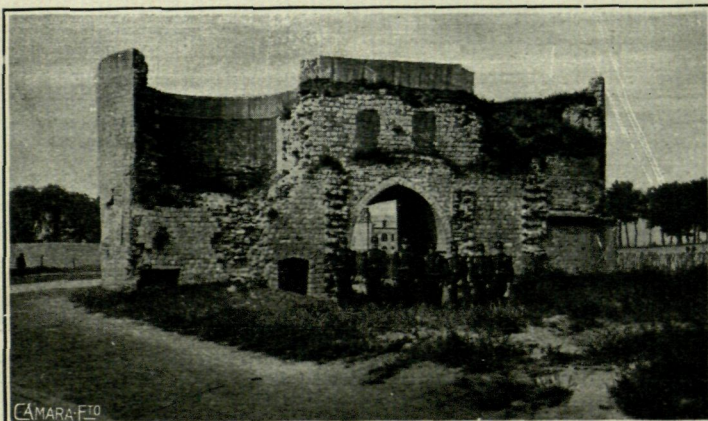
AMADEO DE CASTRO



Una de las principales calles de Douai



Gigantillos y gigantones en una fiesta de Douai



Torre de la puerta de Arras



La puerta de Valenciennes



BATERÍA INGLESA ATRAVESANDO, A GALOPE, UNA CIUDAD DE BÉLGICA PARA IR A DEFENDER UNA POSICIÓN COMPROMETIDA, DURANTE LA BATALLA DE YPRÉS

Dibujo de C. Clark

LAS BELLAS ARTES EN CATALUÑA
EL MUSEO MUNICIPAL DE BARCELONA



Vista general del Museo de Reproducciones y Antigüedades, de Barcelona

PRIMERO, la *Associació Catalanista d'excursions científicas*, fundada en 1876, y luego la *Associació d'excursions catalana*, más amplia de aspiraciones, creada en 1878, fueron las primeras manifestaciones fecundas y prácticas del amor que siente Cataluña por sus tradiciones y tesoros artísticos.

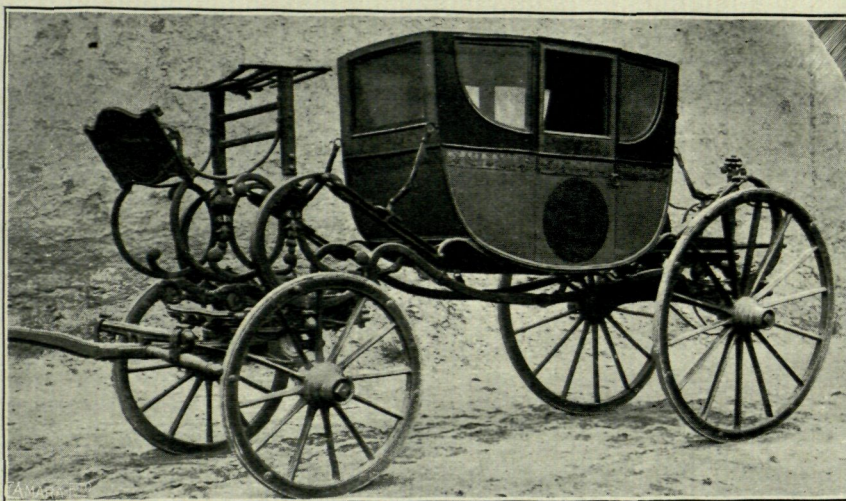
Después, en aquella Exposición Universal del año 1883, que tan alta significación tiene en la historia del engrandecimiento cultural de Barcelona, ambas sociedades contribuyeron á demostrar que existe un arte genuinamente catalán, rico en bellezas de todo género y con antecedentes gloriosos, que han influido, no solamente dentro de la región, sino en toda España. Cuatro años más tarde, en 1892, se fundian ambas sociedades y surgía el *Centre Excursionista de Catalunya*, que poco á poco, en una labor paciente y bien orientada, había de abrir senderos y señalar normas á los futuros exaltadores de las Bellas Artes catalanas.

Estaba, en sus comienzos, instalado el *Centre Excursionista*, en el número 10 de la calle del Paradís, una de las más típicas y características de la parte alta de Barcelona.

Curioso aspecto presentaba el interior del vetusto edificio, atravesado de abajo arriba por las enormes columnas del templo de Hércules, cuyos capiteles aparecían en el salón de sesiones.

Allí, en aquella casa, donde, según la frase de uno de los socios: *Lo qu'entra aquí ya may mes ne surt*, llegó á formarse un espléndido museo, en el que tenían cabida cuantas riquezas arqueológicas y artísticas pudieron encontrar los infatigables excursionistas. (J. Morató.)

Pero habían de cristalizar en una eficacia oficial estos generosos intentos particulares, el año 1902, en aquella importantísima Exposición de arte antiguo, celebrada en el Palacio de Bellas Artes, y primer acto de presencia de la Junta de Museos, creada como consecuencia de la unión del Ayuntamiento y la Diputación Provincial de Barcelona. Alma de tal certamen y de los posteriores acuerdos, como el de la creación del *Museo Municipal de Bellas Artes, Artes Decorativas y Arqueología*, instalado en el antiguo palacio del gobernador de la Ciudadela, fué el ilustre arquitecto Puig y Cadafalch, cuyo nombre llevan tantos edificios notables de la moderna Barcelona. Pudo, por primera vez,

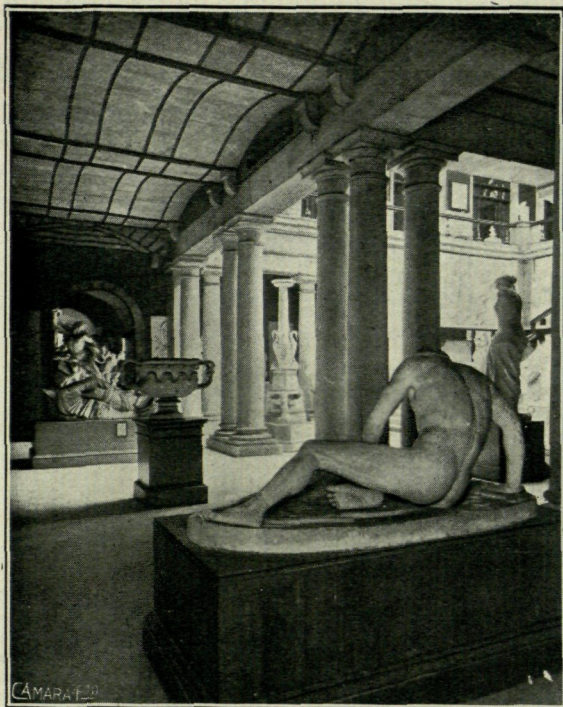


Carroza del siglo XVII

FOTS. BALLELL



Una sala del primer piso del Museo de Reproducciones Artísticas



Una de las galerías de la planta baja



Virgen de la iglesia de Santa María de Montblanch



Claustro de San Cugat del Vallés

darse cuenta el público y la crítica de las maravillosas riquezas artísticas de Cataluña en la Exposición de 1902, sobre todo, en lo referente a la pintura y a los tejidos. Piezas principales de ambos tesoros, eran la famosa capa pluvial del Obispo Bellesa, y el famosísimo *Retable dels Concellers*, pintado por Luis Dalmau, en el año 1445, y muestra bellísima de la influencia que en los pintores catalanes del siglo xv ejercieron los grandes maestros de la escuela flamenca de la época.

Así pudo afirmar el admirable novelista y crítico de arte Raimundo Cassellas, el día 9 de Octubre de 1902, en *La Veu de Catalunya*: «No creo que proporcionalmente a la reducida extensión de nuestro territorio y el número de sus naturales, exista ningún pueblo en la tierra—aun contando entre ellos Italia y los Países Bajos—que haya producido la cantidad de pinturas, muebles que ha producido nuestro país, tanto en el período románico como en el ojival.»

Allí, en efecto, se expusieron preciosos ejemplares pertenecientes a los museos provincial y municipal—unidos hoy día en el Museo que da motivo a este artículo—, a diferentes corporaciones religiosas ó civiles y a colecciones particulares de subido mérito y escrupulosa selección.

Las tablas románicas del Museo diocesano de Vich, las góticas de las iglesias de Argentoña, Granollers y Sarriá, las de las Catedrales de Barcelona, Lérida, Tarragona y Manresa, la «Historia de San Antonio Abad», de las Escuelas Pías, «el Martirio de San Medin», procedente de San Cugat del Valles, etc.

Y también las instalaciones de escultura, cerámica, vidriería y hierro forjado—tan caracte-

rístico este último del arte catalán de siglos preteritos—eran igualmente notables.

ooo

No resulta, pues, infundado, atribuir a esta Exposición, organizada por la entonces reciente Junta de Museos y Bellas Artes, el origen del Museo Municipal de Barcelona, donde habian de reunirse, junto a las obras de arte antiguo y a las colecciones arqueológicas, cuadros y esculturas de artistas contemporáneos.

Como hemos dicho antes, se halla instalado el Museo en lo que fué palacio del gobernador de la Ciudadela, reformado después para ofrecérselo a D. Alfonso XIII, como residencia regia, y ampliado, por último, para este definitivo destino artístico. Se han cubierto los patios y se han construido dos grades naves laterales, destinadas a la colección de arte moderno.

La planta baja está destinada, en su mayoría, a vaciados en yeso, reproducciones escultóricas y arquitectónicas, así como también numerosos objetos y esculturas—algunas tan notabilísimas como las de Esculapio y la pequeña de Venus—encontradas en las excavaciones de Ampu-

rias y espléndidas colecciones de hierros forjados y repujados.

En el piso principal se hallan las secciones de pintura, tejidos, cerámica, orfebrería y numismática y antipéndiums románicos y góticos.

En la pintura figuran, además del *Retable de los Concelleres*, una serie valiosa de primitivos catalanes, entre los que sobresalen la Degollación de San Cucufate, de Alfonso, y dos tablas atribuidas a Bartolomé Bermejo, y de reciente adquisición.

En la de tejidos está la colección Pasco, varios terciopelos italianos de los siglos xiii y xiv, riquísimas dalmáticas y capas pluviales y piezas orientales hispano-árabes y alemanas.

En numismática, el monetario legado por don Francisco Esteve.

En orfebrería, varias cruces procesionales admirables.

En cerámica, espléndidos objetos romanos y fenicios, encontrados en las excavaciones de Ampurias.

Existe también una sala consagrada al gran pintor catalán Viladonat; y, por último, más de cuatrocientos cuadros y cien esculturas en la sección de Arte Moderno.

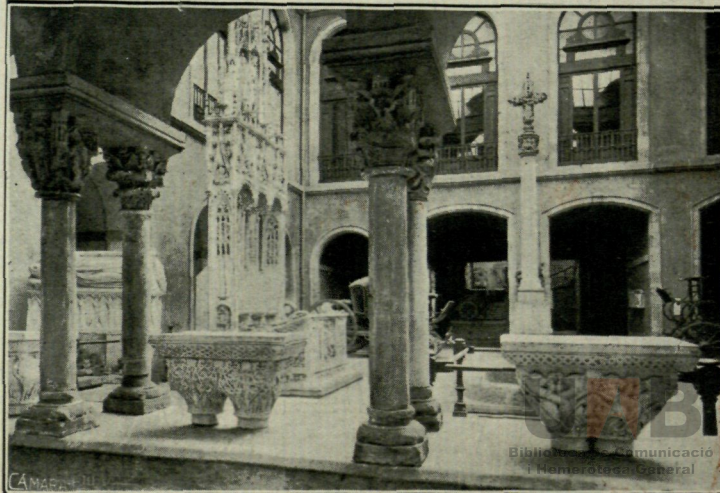
No puede encerrarse en un solo artículo la reseña—aún somera y rápida—de un Museo de tan excepcional importancia como el Municipal de Bellas Artes, Artes Decorativas y Arqueología de Barcelona.

Sean, pues, las líneas precedentes, tan sólo preámbulo de más detenidos comentarios.

SILVIO LAGO



Una de las galerías del primer piso del Museo



Detalle del patio a través del claustro de San Cugat del Vallés

SINFONÍAS

DE OTOÑO



¡ARRIBA EL TELÓN!

EL obeso D. Optimista Pérez y el flaco D. Pesimista González, se encuentran por la noche en la Puerta del Sol. Mediado ya Septiembre, las noches son demasiado frescas y tiembla en ellas el presentimiento del invierno próximo.

D. OPTIMISTA.—¡Aaah! Da gusto. Se respira. Siento haberme puesto tan pronto camiseta de invierno.

D. PESIMISTA.—¡Calle usted! Está una noche como para pescar una pulmonía.

D. O.—¿Y si fuéramos á algún teatro?

D. P.—¡Sí, que empieza la temporada bien!

D. O.—Le diré á usted. Yo creo que no empieza mal. Como todas.

D. P.—¿Como todas? Vamos á dar un paseito hasta la Cibeles y le voy á convencer á usted de que si la temporada continúa como empieza, debemos abonarnos al cine para toda la vida...

Bajo la luna, se tienden sobre la acera de la calle Alcalá sus dos sombras: grotescamente panzuda la una; esquelética la otra. Son Falstaff y Hamlet, que discuten del arte teatral.

D. P.—..... Mire usted: hasta ahora se han abierto varios teatros de verso, alguno de variedades y dos de género chico. Como todos los años, parece que predominará lo que llaman «verso», aunque muchas veces ni siquiera esté escrito en prosa. Debíamos regocijarnos de ese predominio del verdadero género teatral, de la comedia y del drama sobre las desnudeces y los cuplés estúpidos ó sobre las zarzuelillas anodinas ó groseras. ¡Ay, amigo mío! Ahora existen dos derivaciones del drama y de la comedia, respectivamente, que no pueden ser más lamentables. ¿Se acuerda usted cuando jugábamos de chicos á policías y ladrones? Pues ahora pagamos dinero por ver cómo juegan los cómicos á lo mismo, á ese teatro que llaman policiaco. Los folletines que ninguna persona de mediana educación se atreve á leer, paga tres pesetas por verlos en escena.

D. O.—Un poco exageradillo; pero no está mal. Sin embargo, no me negará usted que el otro género, el vodevil alegre...

D. P.—No creí que era usted tan viejo, D. Optimista. Ocurre con ese género «averiado» de las comedias semi-pornográficas, lo que con las comedias policiacas. Usted, por higiene intelectual, no lee folletines y paga por verles en escena; por

higiene intelectual no comprará usted ciertos libros y periodiquillos obscenos y, sin embargo, paga por ver los asuntos y oír los chistes desvergonzados de esas publicaciones.

D. O.—Vaya. ¡Todo sea por Dios! Y esos prestigiosos actores, que después de pasar años y años en provincias vuelven á Madrid con un género serio y noble, ¿le parecen á usted mal?

D. P.—Ellos, no. Sus compañías, sí. Verá usted cómo acaban en un lamentable desastre. No hay nada que perjudique tanto á un hombre como las malas compañías. Yo comprendo que les guste destacarse y lucirse y establecer tales términos de comparación que la gente se desquiebre de tanto exclamar: «¡oh!». Pero entonces, que nos hagan solamente monólogos.

D. O.—Bueno; en confianza le diré á usted que yo no pienso ir mucho á los teatros de verso. Yo soy un epicúreo, amigo mío. Me gusta el aspecto fácil, alegre, vistoso de la vida.

D. P.—Otro que tal. ¿Pero á usted le distrae una opereta vienesa ó un sainete con vistas á la exaltación taurina? ¡Y el arte nacional que lo parata un rayo! Ya ve usted las tentativas que se han hecho para que salgan nuevos músicos. Han sido afortunadas, ¿no? Pues no hay que hacerse ilusiones; por cada cincuenta operetas traducidas, media ópera española; por cada cincuenta obrillas insulsas y hechas en colaboración con el sastrero y el electricista, un aborto de sainete. ¡Atchiss! ¿Ve usted? Ya me he constipado.

D. O.—¿De modo que usted es de los que creen en la decadencia teatral?

D. P.—¡Ya lo creo que sí! El teatro español está perdido. Todo ha desapa... ¡¡atchiss!! Nada. ¡Lo pesqué! ¿Quiere usted que tomemos ese coche? ¡Eh, cochero!

D. O.—Pero hombre, espere usted. No corra tanto... ¿A dónde vamos á ir?

D. P.—¿Cómo á dónde? ¡A un cine! A cualquiera. Al primero que te encuentres al paso, cochero.

D. O.—¿Pero usted se divierte en el cine?

D. P. (Va dentro del coche).—No mucho. Pero se suda bastante...

Y el coche parte rápidamente, llevando á Falstaff y á Hamlet camino del cinematógrafo.

Luis F. HEREDIA

DIBUJOS DE GALVÁN



UAI
Biblioteca de Comunitat
i Hemeroteca Gen

Galvan



NOTAS MURCIANAS

LA ví en el campo, señora de la soledad, con el su pañuelo atado al moño, cautivándole su ceñido adorno de blanda tela, privándome á la avaricia de los ojos de lo endrino del pelo, distrayéndome con sus vivos tonos, comprendiendo quizá que el hombre es niño siempre y que si va al señuelo del color también distrae con él sus malas intenciones; y acercándome quedo, con el madrigal en los labios, me plantó de repente su seriedad esquiva y apenas pude soltar palabra, y esto con comedimiento y embarazo. ¡Malhaya esta majestad embustera!

¡Fuensanta! ¡Fuensantica!, virgen de los huérfanos, patrona de los desesperados de amor! Yo te lo ruego, puestos de rodillas el alma, y en cruz los brazos. Si en las noches de salve, cuando la albahaca perfuma el templo, cuando los cirios con súplicas de oro que elevan la devoción de su luz hacia ti, cuando las voces de estas mo-

zas ariscas, toman el dulce tono de blando ruego, haz si la ves, que, en medio de sus imaginaciones piadosas, surja el recuerdo mío, que quien tanto quiere, bueno es que merezca una limosnita de media idea ante las ideas completas que las mozas consagran á la divinidad; díla que la quiero, y que es la virgen de mi novena, y el blanco de mis preces, y la devoción de mi frenesí, y que seré, si quiere, blando cordero para su madre, y pararrayos de su furia y muñidor de sus caprichos y hasta trae y lleva de sus chismes si de ellos, por vieja y malhumorada, hubiera menester; y que será Escriba de mis actos hasta los más juicios, interventor de mi alcancía, guión de mi derrota por estas tierras de mis pesares y alcaide de mi voluntad; pero díla, también, que si me desdénia y no ampara estos intentos míos, en vez de ser su faro, sombra he de ser de su cuerpo y de su intención, y mi cu-

chillo relámpago de las tempestades de mi alma. Que en esto del querer no hay nada á medias y no ha de haber guitarra que á su reja se acerque para entonar la jota sin que cambiase sus alegrías en marcha fúnebre, ni corazón de hombre que la requiebre mientras aliente yo; jerárquicos tienen sus ventanas y hojas de sangre tienen los jerárquicos, y la vergüenza es púrpura y la sangre es roja también. ¡Santa Fuensantica, virgen virtuosa, madre de los ángeles, hazla que me quiera, para que pueda cantarla una copla, que llevo en los labios pesándome sobre el corazón, huérfano de oídos, si los suyos no la prohijan:

La virgen de la Fuensanta nos unió un día á los dos de Comunicación. Por eso tengo á esta virgen General tantísima devoción.

MICRÓMEGAS

DIBUJO DE MEDINA VERA

POR LA ESPAÑA PINTORESCA
LOS CÁRMENES GRANADINOS



Una vista pintoresca de los cármenes de Granada, en la que descuella la ermita de San Rafael, entre el caserío lejano

Los que, estimulados por el afán de conocer las bellezas artísticas que atesora el poético país en que se asienta el más grandioso monumento que del gusto, de la suntuosidad, del arte exquisito de los árabes, existe en nuestro territorio, acuden á Granada, sufren indefectiblemente una desilusión.

Juzgando por la obra de historiadores y de poetas, que tuvieron los más ardientes entusiasmos y las más bellas frases para describir los encantos del que fué reino granadino, llega la mente á tan portentosos ensueños, á imaginaciones tan fantásticas respecto del sabor moruno que debe ofrecer el panorama, que al cívisarlo desde lejos y al ofrecérsese después en pleno desarrollo ante la anhelante mirada, tiene forzosamente que sobrevenir el desencanto, porque de aquella típica arquitectura que daba á la ciudad un aspecto de tan característica y deslumbradora belleza, de sus torres y sus mezquitas, de sus minaretes y sus cúpulas, que rompían la espesura del más feraz paisaje, deslumbrando con los vivos colores de sus azulejos, de metálicas iridaciones ó con la nítida blancura de sus fachadas, heridos por el sol, de todo cuanto le asemejaba con un Bagdad, solamente la Alhambra ofrece á los ojos, ávidos de contemplar, aquella imaginada perspectiva grandiosa. De lo que fué aquella perspectiva en los tiempos de

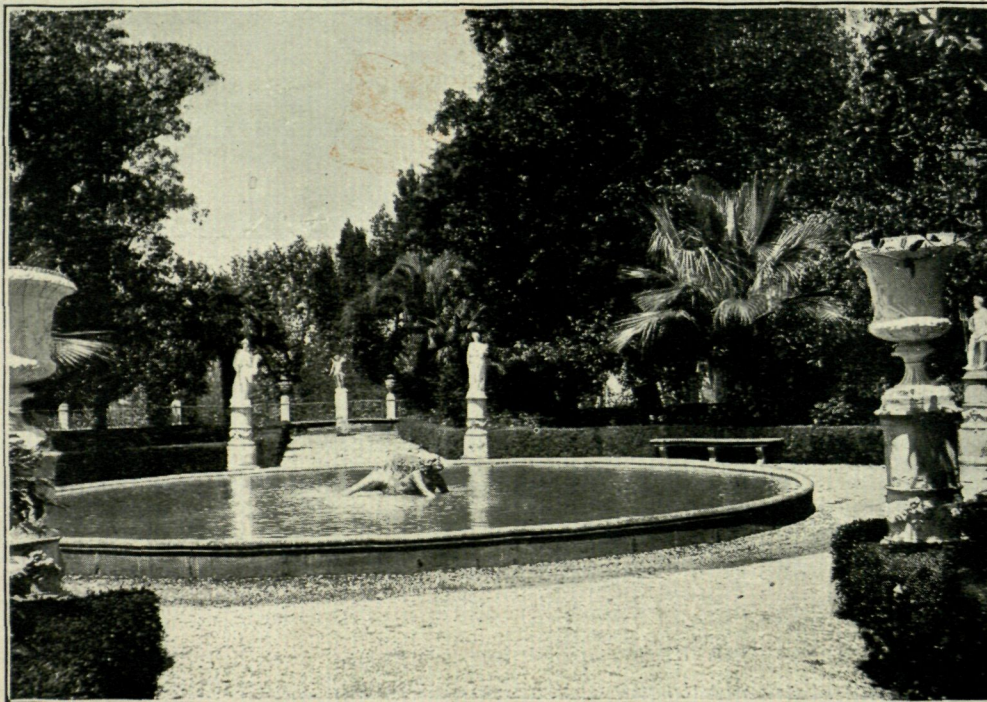
Boabdil, no puede formarse idea por el panorama actual.

Lo mismo que un soberbio Emperador cristiano destruyó los más hermosos salones de la Alhambra para levantar la mole de piedra de su palacio, con los escombros de las mezquitas y de los más bellos edificios que tan sublime arte y tan extraordinaria riqueza atesoraban, levantaron sus templos los prelados y sus señoriales mansiones la nobleza. Hasta los gigantes torresones de sus antiguos muros quiso nuestra civilización que fueran derruidos y á esta obra de destrucción de tanta belleza, y tanta poesía, con-

tribuyeron también los elementos para hacer más rápida y más completa la labor de los hombres. Violentos terremotos y voraces incendios redujeron á cascote y cenizas la mayor parte de la población musulmana, borrando casi totalmente el aspecto suntuoso, bellissimo que en otros días ofreciera.

Para compensar el desencanto que necesariamente ha de sufrir el que llegue á Granada creyendo que desde la lejanía ha de ofrecerse á sus ojos ese panorama incomparable de una población oriental, subsisten los encantos de la Naturaleza, que si un día destruyeron también los hombres, pudieron recobrar nuevamente su imperio y su soberanía, que siempre se sobrepone á los humanos designios.

El río de las arenas de oro que atraviesa la población y el Genil que corre á lo largo de sus murallas, fertilizando sus vegas y sus jardines, sus huertas y sus paseos, han podido más que los seres dotados de raciocinio y merced á este poder supremo la belleza del paisaje ha recobrado el esplendor que tuvo en sus mejores días. El ancho cauce del Darro, al estrecharse al pie de la colina, en cuya cúspide se yergue arrogante la Alhambra, piérdese á trechos entre las copas de los árboles que desde ambas orillas entrelazan sus ramas sobre la corriente del río y luego en todo su trayecto ofrece á los ojos las más her-



Jardín llamado del Francés, en el carmen de los Mártires, uno de los más bellos de Granada

mosas perspectivas; en tanto que la cristalina corriente del Genil refleja los frondosos álamos que crecen en sus márgenes, deslízase bajo un puente que destaca sus atrevidas líneas entre la rica vegetación y va á ofrecer su bienhechor influjo á las huertas y á los jardines que embellecen el cuadro.

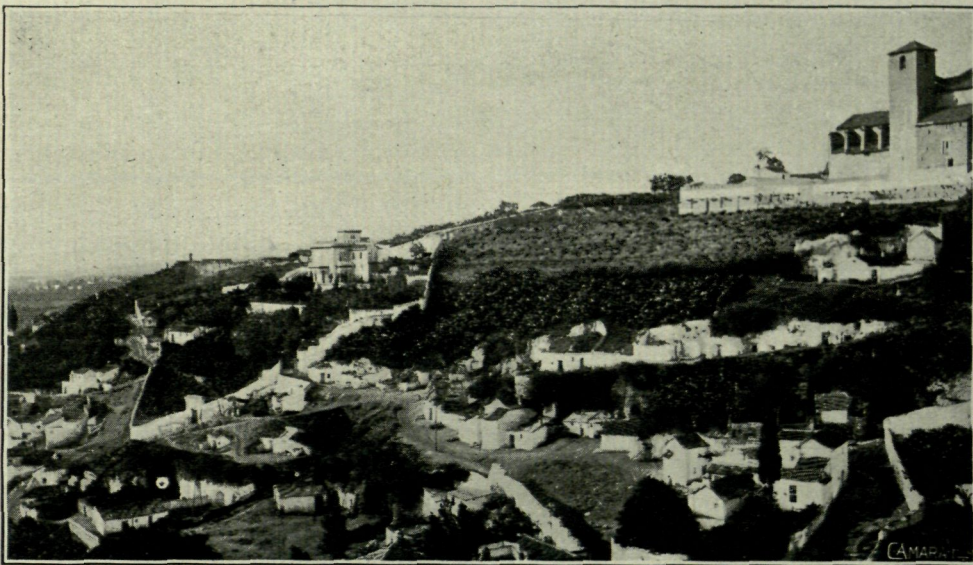
Por todas partes la suntuosidad del paisaje, pintoresco, frondoso, encanta la vista. Mirando hacia la Alhambra, árboles milenarios cuyas ramas se unen, forman profundas alamedas; laureles gigantes ocultan el camino que conduce al Generalife; y cuando no es verdura feraz, es algo tan grandioso como las crestas de Sierra Nevada, lo que se ofrece á la contemplación. La blancura de sus altos picos, que deslumbra cuando los rayos del sol la iluminan, destaca y se recorta del azul intenso del cielo á la caída de la tarde, cuando la vaga luz del crepúsculo da á todo el paisaje tonos violáceos y transparencias de ensañadora suavidad, esfumando en la azulada penumbra los detalles todos de tan poético panorama.

Aun habiendo perdido todo carácter oriental, es hermosa la perspectiva que Granada ofrece desde cualquier altura de sus proximidades. Las torres de la Alhambra que se elevan de los viejos muros que la fortificaron, parecen surgir del espeso bosque que forman en su torno álamos, cipreses y palmeras, lo mismo que las cúpulas de sus templos surgen del apiñado caserío que constituye la ciudad. Las Torres Bermejas y el Monte Sacro contribuyen á la belleza del conjunto y el áspero Albaicín, coronado por los sombríos restos de lo que fué Alcazaba, completan tan sugestivo cuadro y sirviendo de fondo á tan hermoso panorama, la sierra, cuyas cumbres, rara vez libres de la nieve, dibujan sus caprichosos picos en el azul del cielo.

Entrando en la ciudad, vuelve á la mente el recuerdo de los pasados días, evocado por los muchos detalles que aún existen de la dominación musulmana. La mano de los artistas árabes dejó impresas huellas tan profusas en todo que no ha sido bastante á disiparlas por completo la acción del tiempo ni el afán destructor que quiso borrar su bello carácter. Aquel pueblo de ardiente fantasía, que no satisfecho con labrar los más suntuosos palacios para sus reyes, llevó su amor por la belleza y por el arte al extremo de adornar con las más ricas labores los



Detalle de la ría del carmen de los Mártires, por la que pueden circular lanchitas de recreo



Vista del barrio de los gitanos, tomada desde lo alto del Albaicín

muros de sus casas, no podía quedar en el olvido, aunque sobre su obra admirable cayera la avalancha demolidora de cinco siglos de superstición y de fanatismo cristianos.

Algo que se conserva en Granada con el mismo bello carácter que tuvieron en tiempo de los moros, son los floridos y misteriosos cármenes que constituían el encanto de las sultanas, el más agradable recreo de sus dilatados ocios.

Aquellos ideales jardines donde la más abundante flora prodiga los dones de sus finos perfumes y de su belleza multicolor, con sus árboles corpulentos que ensombrecen las veredas, aumentan-

do el tinte de melancólica poesía, de misterioso encanto que ofrecen á los ojos las alamedas, no son actualmente escenario de los ensueños de las bellezas musulmanas pero lo son de los amores de las hermosuras granadinas de hoy, que tienen en sus bellos semblantes y en sus ojos negros toda la sugestión poderosa de las hijas del Profeta.

Aunque los más espléndidos cármenes de hoy, los que producen asombro en el ánimo del viajero que por primera vez los contempla, pertenecen á las clases acomodadas y constituyen un verdadero alarde de lujo y de bienestar, no son estos bellos vergeles patrimonio exclusivo de los afortunados, sino que también constituyen el recreo de las clases modestas, que en más humildes proporciones disfrutan de los encantos que proporciona con la misma esplendidez aquella naturaleza pródiga.

Algo de lo más típico y hermoso de la actual vida granadina son esos ideales jardines donde el espíritu se recrea con la contemplación y el olfato con el perfume de las flores que convierten en vergeles deliciosos los rincones más apartados y más humildes.

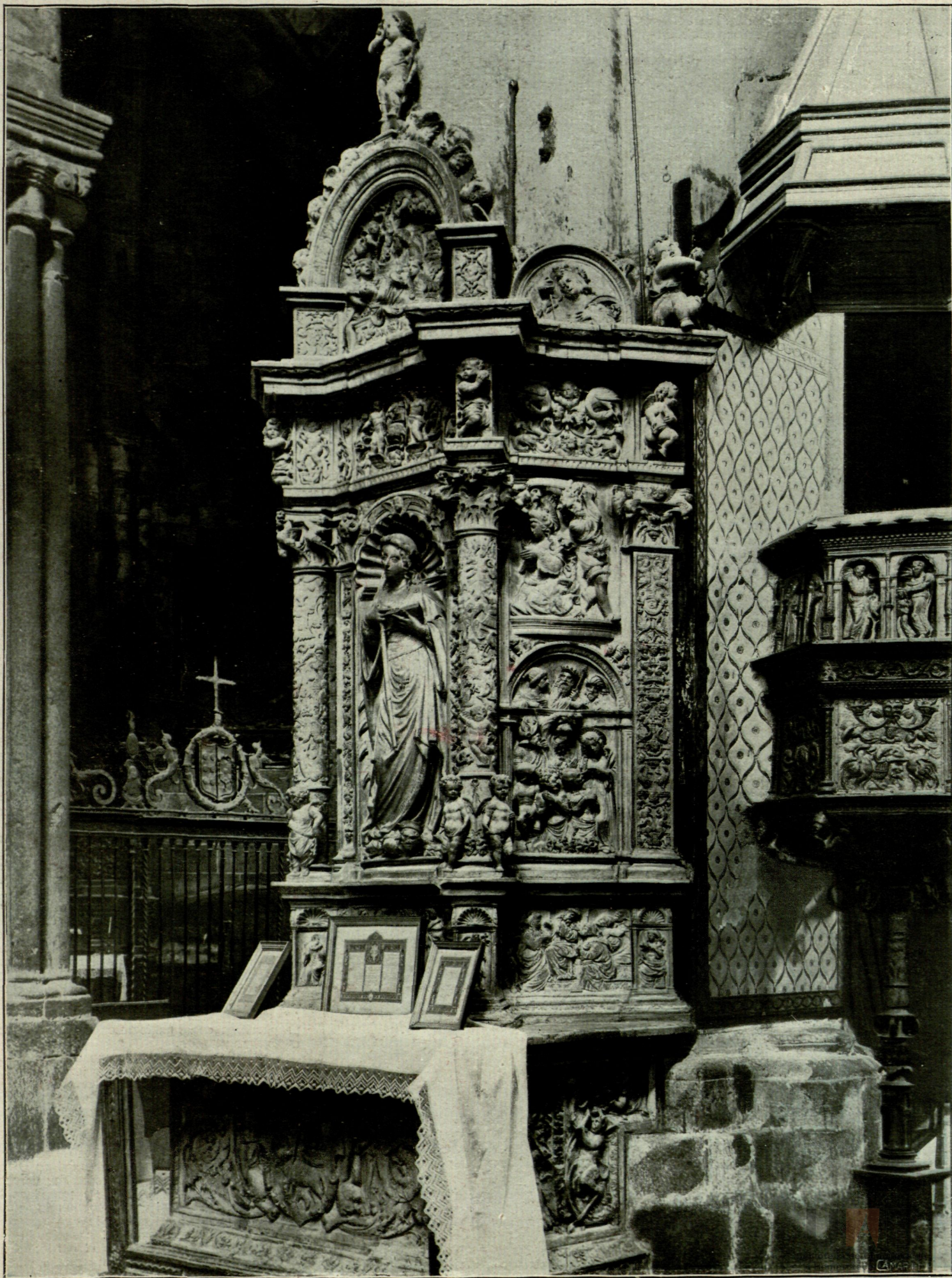
Todo tiene belleza y poesía en Granada. La Naturaleza adorna con los atavíos de su prodigiosa fronda lo mismo el palacio del poderoso que la covacha del gañán. Donde hay tierra y sol, allí salta una flor ó crece trepadora la apasionada yedra. Tal vez no encontraréis en sus jardines estos árboles de moda que adornan, pero en cambio el jazmín, el naranjo, el clavel, la albahaca, el geráneo y el nardo, os dirán con sus aromas deliciosos: «Sueña, viajero poeta; estás en los fértiles cármenes de Granada la mora!»

JUAN BALAGUER



Uno de los más hermosos palacios particulares situados en el carmen de los Mártires POTS. VIVES

RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PRECIOSO RETABLO DE ALABASTRO, DE SANTA CATALINA, EXISTENTE EN LA CATEDRAL DE ÁVILA, Y QUE ESTÁ CONSIDERADO POR LA RIQUEZA Y FINURA DE SUS LABORES COMO UNA VERDADERA JOYA ARTÍSTICA

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

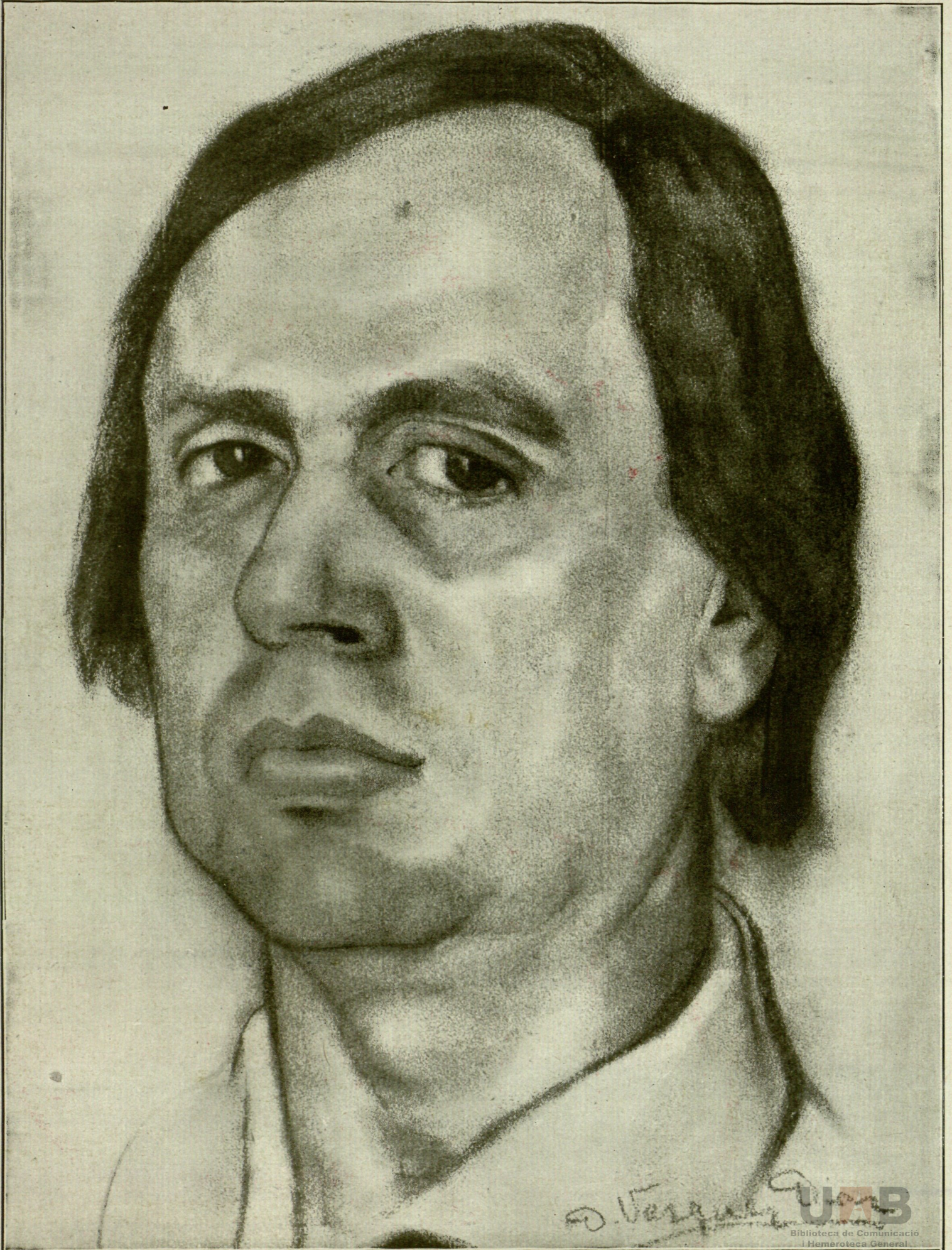
LA ESFERA

PÁGINAS DE ARTE HUMORÍSTICO



MUÑECOS, por P. Sánchez

LOS GRANDES ARTISTAS ESPAÑOLES



JOSÉ TALLAVÍ, eminente primer actor

Estudio del natural, por Vázquez Díaz

NUESTRAS VISITAS

JOSÉ TALLAVÍ

Le observé atentamente.

Tiene el gesto afable y risueño; algo infantil; los ojos oscuros y vivísimos y la cabeza pequeña y redonda. Su frente es muy amplia y aún parece más porque se prolonga algo en el frontal que ya comienza a quedarse mondo de cabellos. Es muy insinuante y muy simpático; no con esa simpatía amasada para el trato social; sino con la otra simpatía, espontánea y mundana, que sale del corazón, y que se adueña en seguida de las gentes.

Estábamos en su pisito de la calle de Mesonero Romanos, encerrados en un coquetón despacho, adornado con corinas y biombo egipcios.

Tallaví, recostado en una meridiana, con cierta indolencia andaluza, me contaba su vida... Yo, dando chupadas á la pipa inglesa, que acababa de regalarme, le escuchaba sin perder palabra.

Fuera repiqueteó el timbre. El actor, entonces, llamó á su ayuda de cámara.

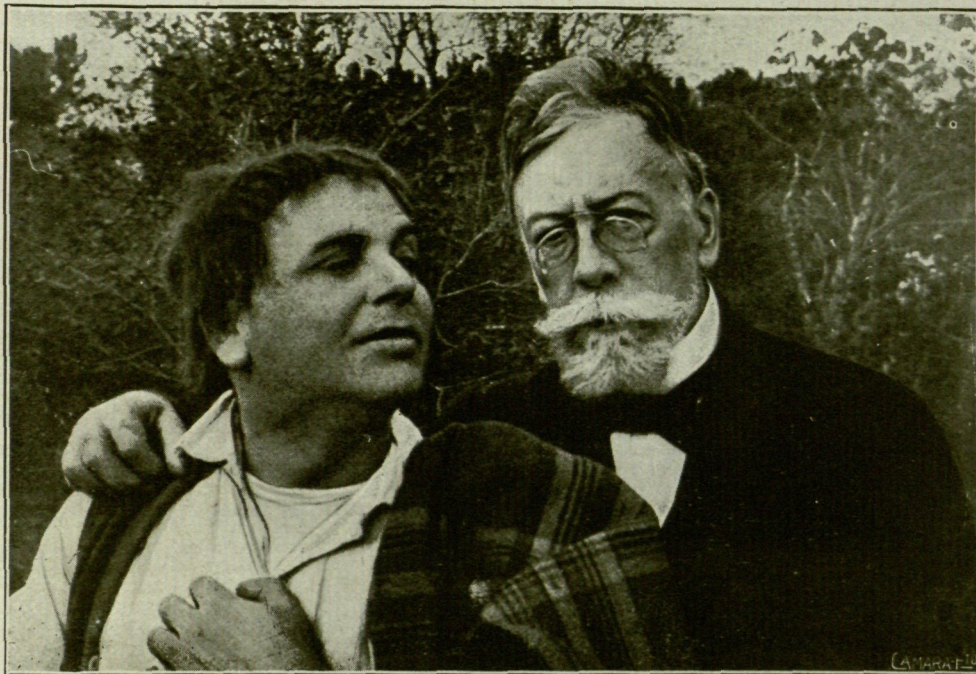
—Juan, que no entre aquí nadie. ¡Nadie, absolutamente nadie...!—ordenó. Y volvimos á enhebrar la charla.

—¿Entonces, vive usted solo...?—inquirí.

—Solo... Hago una vida un poco desperdigada...; un poco desordenada... En lo posible me aparto de la abrumadora monotonía cotidiana... ¡Todos los días, á las mismas horas, hacer lo mismo!... ¡No! Yo me revuelvo un poco contra eso.

—Usted, ¿es de Málaga?

—No, señor. Soy africano; nacido en Melilla; mi padre era militar y estaba allí destinado. En



José Tallaví caracterizando el protagonista de "Tierra baja", acompañado del autor de esta hermosa obra, D. Angel Guimerá

«¿Eres capaz—me dijo un día—de venirte á Vélez-Málaga con nosotros, y trabajar con nuestra Compañía...?»
«¿De qué...?»—le interrogué yo muy asombrado—¿de traspunte? ¿De tramoyista...? ¿De acomodador? O ¿de qué...?»
«No, hombre; de cómico.» Aquella respuesta de mi amigo me dejó helado... Pero acepté. A los pocos días debutaba yo con algunos papelitos. Algún tiempo después, y haciéndome ilusiones sobre mi porvenir teatral, me embarqué con rumbo á Barcelona; como capital de resistencia llevaba conmigo seis reales y el pasaje pagado... Allí tuve la suerte de que me contratase en seguida Paco Fuentes.

—¿Cuál ha sido en arte su maestro...?

—Ninguno... Empecé á trabajar con todos los actores que cultivaban el latiguillo, y, sin embargo, yo me re-

belaba contra esta manera de sentir el teatro... En las Compañías era el actor que menos aplaudían; pero al final de la temporada quedaban elogios para mi trabajo.

—¿Cuándo vino usted á Madrid primeramente?

—Creo que hace doce años. Vine á la Comedia con Morano y con la Pino; allí me contrataron para hacer *Las Flores*... En 1904 formé Compañía y me fuí á Gijón á todo evento, con el decidido propósito de hacer el teatro por mi sentido... Debuté con *La intrusa*, de Maetherlinck, y todo el mundo me creía loco. Recuerdo que un señor de allí me preguntó muy indignado: «Pero hombre, este melodrama tan malo ¿de quién es?» Y yo le dije: «Del representante de la Compañía, que es muy bruto.»



Tallaví en "Hamlet"

Málaga, adonde fui siendo muy pequeño, me crié é hice mis primeros y mis últimos estudios. ¿Conoce usted Málaga?...
—Sí, señor.

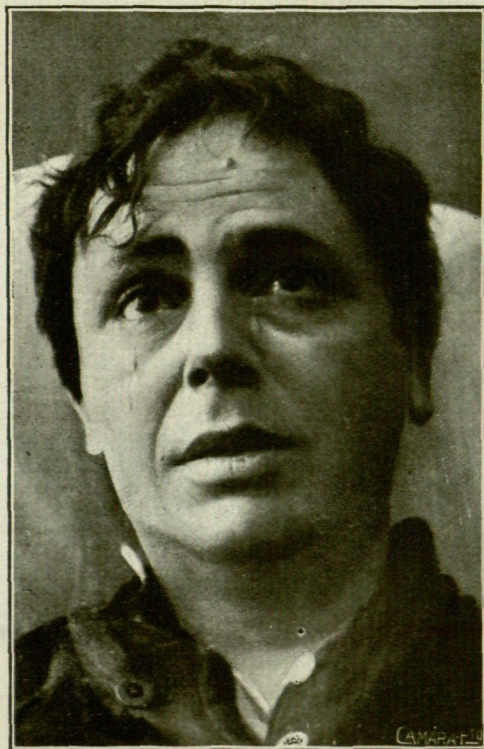
—¡Qué bonita es!... Cuando yo estoy de mal humor pienso en mi infancia, entre sus palmeras, sus naranjos, y a la orilla de su mar, y estos recuerdos son como un sedante delicioso para mis nervios...

—¿Desde pequeño demostraría usted su inclinación por el teatro?

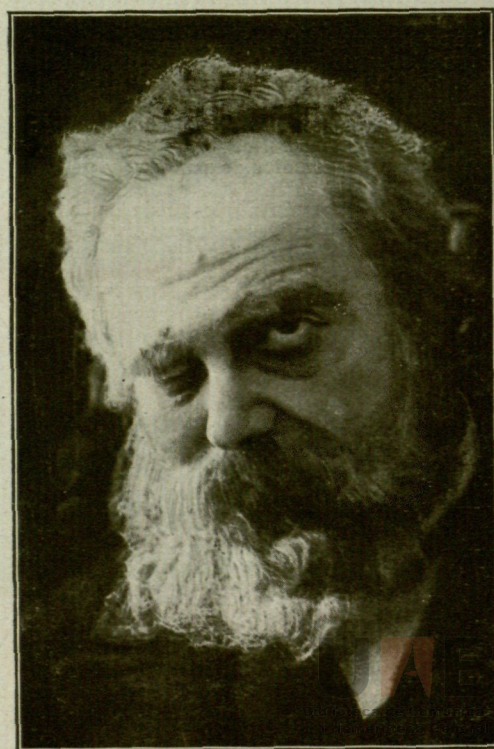
—No, señor. Yo no fui aficionado jamás, ni pertenecí á ninguna academia de declamación... Y ahora me alegro mucho; no me gusta ese procedimiento de hacer actores; desconfío bastante de él.

—Pues, ¿á qué edad hizo usted su entrada en la vida teatral...?

Meditó un momento, encendió su cigarro, y...
—Verá usted; Yo tenía un íntimo amigo que era violinista en una orquesta de zarzuela.



Tallaví en el "El místico"



Tallaví en "Magda"



Dos momentos del eminente actor José Tallaví, en el estudio de un personaje teatral

FCTS. SALAZAR

Reimos. El genial actor prosiguió:
—¡Oh!, me han ocurrido cosas preciosísimas. Una vez, en una capital de provincia, salimos toda la compañía al escenario y silbamos al público por salvaje.

—A ver: ¿cómo fué eso...?—pregunté.
—Poníamos aquella noche *La Intrusa*... El teatro estaba completamente lleno. Y en esta obra se levanta el telón y está la escena sola durante un espacio de tiempo que nunca es menos de medio minuto. Bueno, pues ¡claro!... Así se hizo en aquella capital de provincia. Y el público, al ver que se levantaba el telón y que nadie salía ni le decía nada, ¿qué creyó? que no estábamos vestidos... y rompieron en una silba enorme... Entonces yo llamé á toda la compañía y les contestamos con una *pita* horrorosa... Callaron ellos y continuamos nosotros media hora más. ¡Figúrese usted!...

—¿A qué horas estudia usted?...
—De madrugada con el libro delante, y por la mañana con la memoria.

—¿Hace usted estudios de actitudes y gestos ante el espejo?

—¡Oh! no... El gesto no lo puede jamás ver el actor, por muy bueno que sea el espejo... tiene que sentirlo, estar en situación; en una palabra, ser el personaje que representa... Yo jamás he estudiado del natural, sino dentro de mí mismo... Claro que hay casos patológicos cuyas manifestaciones características conviene conocer. Ya ve usted, cuando comencé á estudiar *Los espectros*, me pasaba la vida en el manicomio. Para algo es posible que me sirviera; pero para poco. Yo creo que en arte todo está en nosotros mismos; no tenemos más que buscar el yo.

—¿Cuáles son las obras que hace usted con más agrado?...

—*Hamlet* y *Otelo*. Son las dos en las cuales encuentro más escollos y dificultades para el actor... ¡Yo siento un miedo terrible cuando estudio una obra...! Es una responsabilidad enorme la nuestra...

—¿Tiene usted buena memoria?

—Fatal. Me cuesta mucho trabajo aprender los papeles.

—¿Llora usted con facilidad en escena?

—Sí, señor. Me basta atender á mi interlocutor. En mi vida particular también soy fácil para llorar; una delicadeza, una ternu-

ra, en fin, una insignificancia, me roza la sensibilidad...

—¿Qué predilecciones tiene usted en la vida?

—¡Hombre, el teatro!... Yo quiero al teatro entrañablemente; después á mis hijos. Y al mismo tiempo, lo que más me interesa son las mujeres; la mujer es lo único que tiene verdadera importancia en la vida; luego la literatura y la pintura y todo lo que usted quiera; pero ¡oh, la mujer!...

En el fervor de la charla Tallaví se remontaba en su actitud y en su expresión hasta los linderos de su genial arte.

—Supongo que habrá usted hecho dinero con el teatro.

—He hecho bastante, y he gastado más. Estoy, metálicamente, como el primer día que comencé: sin una peseta; en eso no he variado, y ¡no crea usted!, que sobre el ahorro he meditado alguna vez que otra; no sé quién lleva razón: el que ahorra lo que gana y después se lo deja á los obispos, ó el que se siente obispo y lo gasta, ¿que á la vejez está uno sin un céntimo? Y ¿para qué se quiere el dinero cuando ya es uno viejo?...

—¿Cuál es el dramaturgo español que más le gusta?...

—Don Benito... De casi todas sus obras recordará usted el nombre del protagonista, del hombre... No ocurre eso con el teatro de Benavente, por ejemplo. Muy bello el teatro de D. Jacinto, pero, si acaso, quedará en la imaginación del espectador el nombre de la heroína ó alguna frase ingeniosa. Para el teatro galdosiano se necesitan actores de nervio; para el benaventino sobra con galanetes discretos. Guimerá, para mi gusto, también es un dramaturgo macho.

—Y actores, ¿cuál le gusta á usted más?

—Esa es una pregunta un poco intencionada... Y siento mucho no poderla contestar á su gusto; pero es el caso que yo he visto muy pocos actores. Con las actrices me pasa lo mismo. Me han dicho que la Xirgú es muy interesante.

—En efecto—elogié sinceramente.

—No la conozco; y tengo vivos deseos de verla trabajar...

Detúvose un momento, después me preguntó:

—¿Conoce usted á María Gámez?...

—No, señor.

—¡Ah! pues ya verá usted—elogió—, es una gran actriz de comedia.

—¿Qué obras piensa usted estrenar durante la próxima temporada en el Infanta Isabel?

—*La casa quemada*, de Dicenta, *Esclavitud*, de Pinillos, y otras de Linares Rivas y Luceño. ¡Ah! también estrenaré una hermosísima de Florencio Sánchez, el autor de *Los muertos*... Y claro, además, mi repertorio: *Hamlet*, *Los espectros*, *Otelo*, *La intrusa*...

—Y ¿de Benavente?...

—No tengo nada, ni pienso pedirselo.

—¿Qué de adversidades le han ocurrido á usted hasta conseguir la temporada!...

—No me han sorprendido. Soy un hombre algo infortunado, pero tengo voluntad; por ella he aceptado trabajar en el Infanta Isabel... Ya en mi deseo, ó mejor dicho, en mi obstinación de hacer esta temporada en Madrid, hubiese trabajado encima de una mesa.

—Pues será un éxito... Trae usted una compañía numerosa y de consideración.

—Sí; por lo menos en el escenario tenemos asegurado el lleno.

Cortamos la conversación periodística y hablamos como dos antiguos camaradas... ¿De mujeres?... ¿De amores?... ¡De la vida!

EL CABALLERO AUDAZ



Tallaví en el tercer acto de "El místico"

LO QUE FUÉ
EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

El 19 de Septiembre de 1868 empezó la revolución derrumbadora del trono de doña Isabel II. Después de la batalla de Alcolea, el día 29 generalizóse en España el alzamiento; la Reina, con su séquito, tuvo que refugiarse en Francia, y nuestro pueblo, entre vítores á su propia soberanía, se consideró dueño de ella.

El duque de la Torre había triunfado en los campos cordobeses y entró en Madrid como caudillo glorioso; pero el aura popular sentía aún más entusiasmo que por el general Serrano, por Prim, que sin haber estado en Alcolea, era considerado como triunfante en la jornada que hizo correr tanta sangre.

Ya en Madrid, Prim, dueño entonces de la voluntad de los españoles, procedió á designar un gobierno provisional constituido por el duque de la Torre, el marqués de los Castillejos, Sagasta, Ruiz Zorrilla; Figuerola, el Almirante Topete, Ayala, Romero Ortiz y Lorenzana; los mismos á quienes agrupó hace cuarenta y siete años el autor de la fotografía reproducida en esta página.

El general Serrano, duque de la Torre, era un aristócrata. Tenía sobre sí todos los honores apetecibles por la soberbia humana; caudillo glorioso, político acostumbrado al poderío, le arrojaron á la revolución las injusticias y torpezas de los monárquicos. En 1866 se jugó la vida para salvar lo que derribó dos años después. En el puente de Alcolea buscó el desquite contra agravios increíbles. Contribuía á una nueva España descorazonado de que la vieja siguiese sujeta á las veleidades de impenitentes doctrinarios.

Prim, el ministro de la Guerra era al ocupar tal cargo, ídolo de la nación que aprendió á quererle en las nobles jornadas de Méjico y en las luchas heroicas libradas en 1860 al través del camino que empieza en Ceuta y concluye en Tetuán.

El general Prim también pertenecía á las personas de estirpe como marqués de los Castillejos y conde de Reus, pero el pueblo le tenía por suyo y seguía los reflejos que el sol arrancaba á su espada, como el creyente sigue al rayo de luz que le conduce á la salvación. En el retrato se advierten todas sus condiciones morales; tesón, energía, firmeza, las que no le abandonaron hasta que una infame conjura logró suprimirle con el asesinato.

Don Laureano Figuerola, insigne economista desaparecido del mundo mucho después de haber brillado en él como personaje, era todo inteligencia, todo equilibrio, todo amor á la ideas. Había nacido en Cataluña y figuró como campeón del libre cambio. Quiso suprimir los consumos é implantar el impuesto sobre puertas y ventanas. Revolucionario hondo de la entraña, aparecía en lo externo apacible, contemporizador y suave.

Don Manuel Ruiz Zorrilla, por ser amigo de Prim y secundarle fogosamente en las conspiraciones preparatorias del triunfo, llegó joven á ser ministro, lo fué luego con el rey Amadeo, y desde 1875 ya realizada la restauración, vivió desterrado trabajando por la República con fervores antidinásticos, que no cedieron hasta que

le llamó á reposo perpetuo la muerte, moderador eterno de las pasiones humanas.

Como Zorrilla, supo Sagasta conquistarse el cariño de Prim y fué ministro en el gobierno provisional después de haber logrado el amor de los progresistas con discursos en las Cortes del 54, con el periódico, dirigiendo *La Iberia*, desde la muerte de Calvo Asensio, y con las armas en la mano el 1886. Desde el día en que fué ministro de la Gobernación se supo con certeza que su destino era el de la política práctica. Hacer elecciones, conquistar amigos, vencer dificultades y no crear ninguna con actitudes definidas y resueltas. Así pudo ser revolucionario en 1868 y conservador con D. Amadeo I. Libertadísimo al triunfar D. Alfonso XII y luego templado para llegar á primer ministro de la restauración. Con la regencia supo desarmar á los republicanos y estuvo más que nadie con las

fondo. En aquellos tiempos un artículo de fondo en *El Diario Español* ó en *La Iberia* estremecía los cimientos de las instituciones políticas. El más leve alarde sugería ideas de emancipación y esperanzas redentoras al pensamiento colectivo de los españoles, faltos de expansión y de intensidad. La pluma de Lorenzana, ágil para burlar las intemperancias fiscales, diestra para ser intérprete del deseo nacional, dió al periodista ilustre grande y merecida fama. Al constituirse el gobierno provisional le otorgaron los revolucionarios la cartera de Estado, considerándole muy á propósito para mantener relaciones amistosas con todo el mundo.

Por último, en Gracia y Justicia fué acomodado Romero Ortiz que era radical, pero al modo progresista, sin dejar que llegase la sangre al río. Sentía verdadero afán reformador, sobre todo contra los clericatos, y además de su talento, le dió fama el poseer un Museo de curiosidades históricas que era la vida de España contada por objetos variadosísimos.

Los nueve hombres que aparecen en fotografía impresionada en 1868, no habrían podido agruparse del mismo modo que otros años después; que así somos los hijos de esta bendita tierra.

Uno fué alevosamente asesinado, Prim; otros se enemistaron entre sí muy pronto.

Zorrilla y Sagasta aparecen juntos en el retrato, y en 1871 se separaron para no reunirse jamás, para no tratarse nunca.

Serrano y Sagasta se combatieron mutuamente en el año 82.

Figuerola fué fiel á Ruiz Zorrilla y con él estuvo en el partido republicano progresista; en cambio Ayala, que había escrito el manifiesto de Cádiz,

contribuyó á que se restaurase el trono por el mismo derribado con los unionistas, progresistas y demócratas.

Una fotografía vieja enseña, entre otras muchas cosas, á no dar á los hechos de un momento, más transcendencia que la del momento mismo.

Nueve hombres reunidos para que continuase la historia de España interrumpida por el destronamiento de una reina, ya empezaban á pensar en que se alzase nuevo solio para ofrecérselo á un nuevo monarca. Serrano parece mirar hacia los vencidos diciendo: ¿y ahora?; Prim está como pronunciando la célebre palabra ¡jamás!; Zorrilla sonríe confiado; Figuerola está serio, meditando sin duda en nuestra Hacienda; se muestra torvo Ayala, mal avenido ya con la situación que empieza; Topete interroga á lo porvenir con los ojos, y Lorenzana y Romero Ortiz nada dicen con su mirar entre confuso é indiferente.

La fotografía evoca uno de los instantes más transcendentales para nuestra patria, y sin embargo, su rótulo es todo su símbolo. Gobierno provisional.

Así se llamó al de entonces pero en realidad, ¿ha habido en nuestro país alguno perenne, definitivo, de esos que se anuncian, se esperan siempre y no llegan nunca?

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



GOBIERNO PROVISIONAL DE 1868

1, D. Laureano Figuerola, ministro de Hacienda; 2, D. Manuel Ruiz Zorrilla, de Fomento; 3, D. Práxedes Mateo Sagasta, de Gobernación; 4, General Prim, de Guerra; 5, Presidente: General Serrano; 6, Topete, de Marina; 7, Ayala, de Ultramar; 8, Romero Ortiz, de Gracia y Justicia; 9, Lorenzana, de Estado

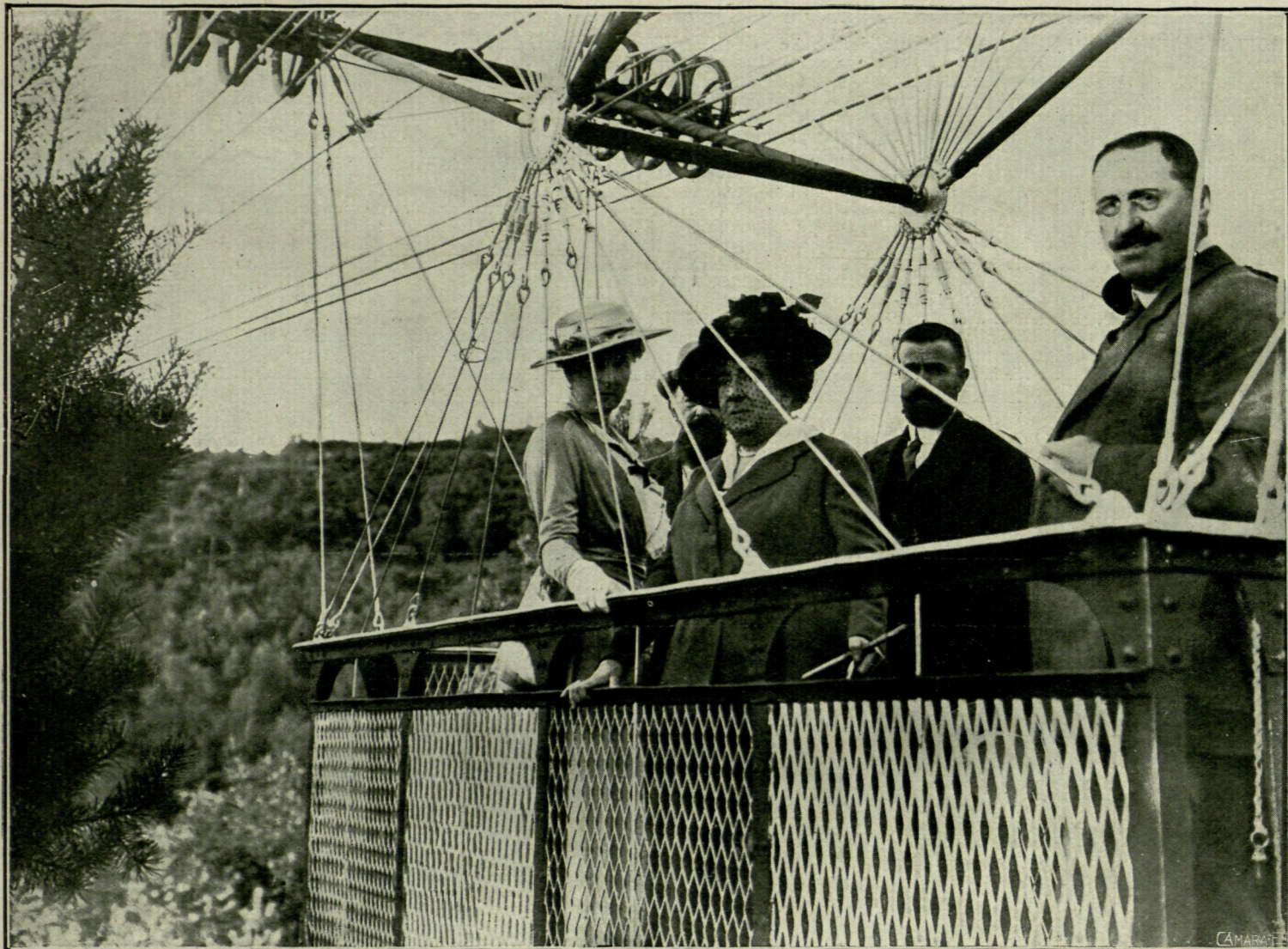
riendas del poder en las manos, sin que se pueda achacar tal fortuna á ninguna audacia perturbadora de su mente.

Del almirante Topete puede asegurarse que figura en la revolución por haberse sublevado la marina cuando la Gloriosa. Hombre menos dispuesto que él á las ideas radicales no lo hubo en su época. Le empujaron los vientos tempestuosos de las circunstancias é hizo cuanto pudo para que la tormenta desencadenada concluyese lo más pronto y lo mejor posible.

Lo mismo Ayala. Pertenecía á los de la Unión liberal que se sublevaron más por desquite contra el despotismo irritante que por amor á reformas democráticas. Escribió el manifiesto de Cádiz y puso en él la frase que más impresionó á los españoles. Era poeta y autor dramático ante todo y sobre todo; pero metido al fin en política, cuando se le pasó la fiebre revolucionaria, fuese á convalecer con los alfonosinos. Al vencer Cánovas le hizo ministro y luego presidente del Congreso, cargo que desempeñaba al morir y poco después de haber pronunciado uno de los discursos más bellos, más espontáneos y más conmovedores de cuantos se han dicho en nuestra cámara popular.

Como él, era literato y periodista D. Juan Alvarez de Lorenzana, también de sangre azul, pues contaba con el título de Vizconde de Barrantes, aun cuando no fuese de su gusto ostentarlo. Se hizo famoso por sus artículos de

LA VISITA DE LA REINA VICTORIA Á MONTE ULÍA



S. M. la Reina Victoria, acompañada de distinguidas personalidades, en el trasbordador de Monte Ulía

FOTS. VILASECA

S. M. la Reina Victoria, acompañada de su augusta madre la Reina Doña Cristina y de distinguidas personalidades, hizo una visita á Monte Ulía, uno de los paisajes más bellos de San Sebastián, que ofrece el doble encanto de la ascensión por la montaña en el tranvía eléctrico, desde el que van desarrollándose ante los ojos los más variados y hermosos panoramas de la población, de sus pintorescos alrededores y del mar, y el de la contemplación desde la altura de todo ese conjunto de grandiosidad y de belleza indescriptibles.

Haciendo uso del trasbordador que pone en comunicación dos de los más elevados picos de la montaña, SS. MM. recorrieron los más interesantes sitios de Monte Ulía contemplando desde la peña del Ballenero y desde la del Rey los espléndidos paisajes que se ofrecían ante su vista.

Fué muy del agrado de la Reina Victoria esta excursión, que es, sin duda, una de las más sugestivas que ofrece la estancia veraniega en la hermosa ciudad donostiarra.

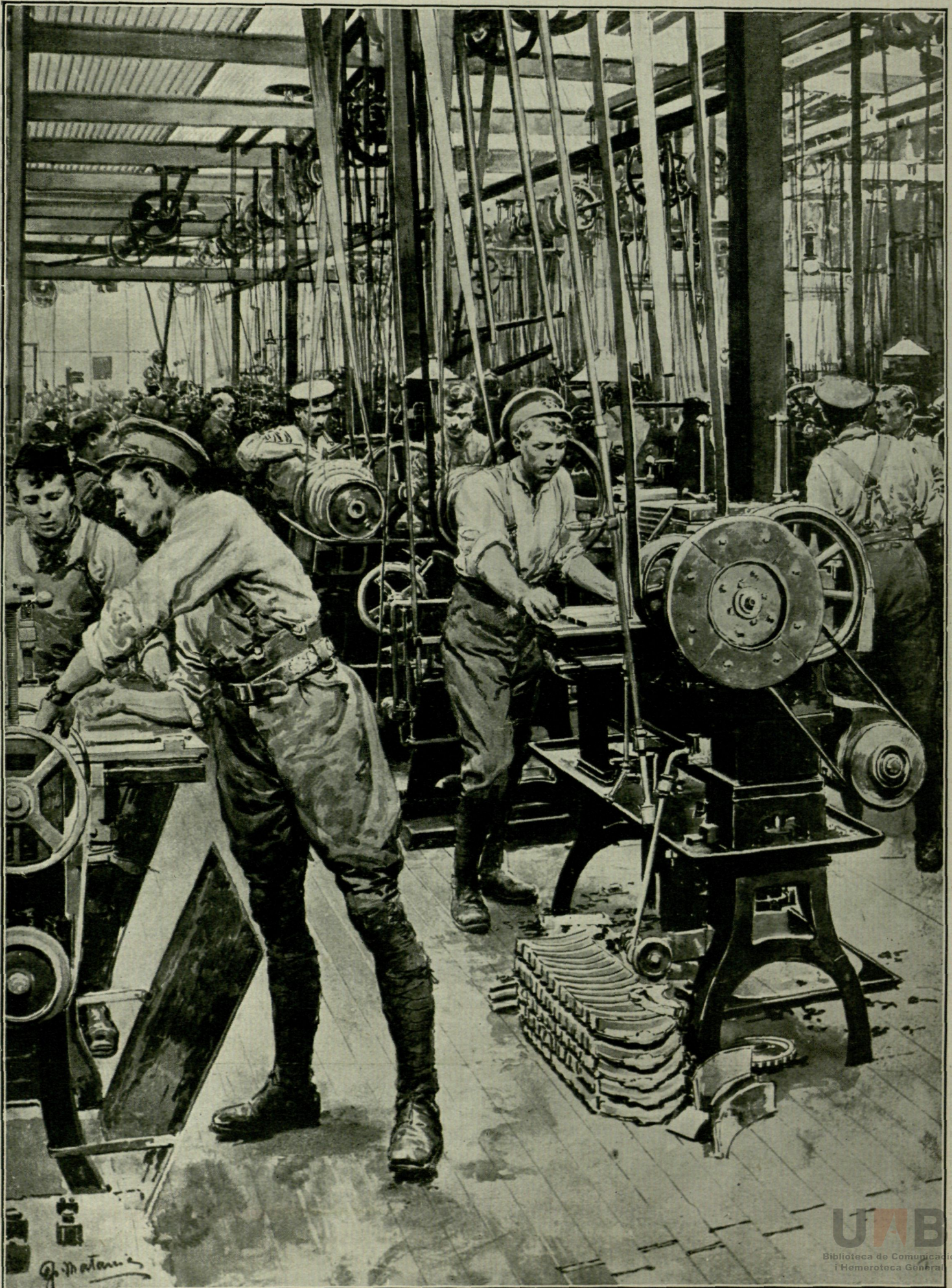


SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, durante su paseo por Monte Ulía



SS. MM. recorriendo la peña del Rey, durante su visita á Monte Ulía

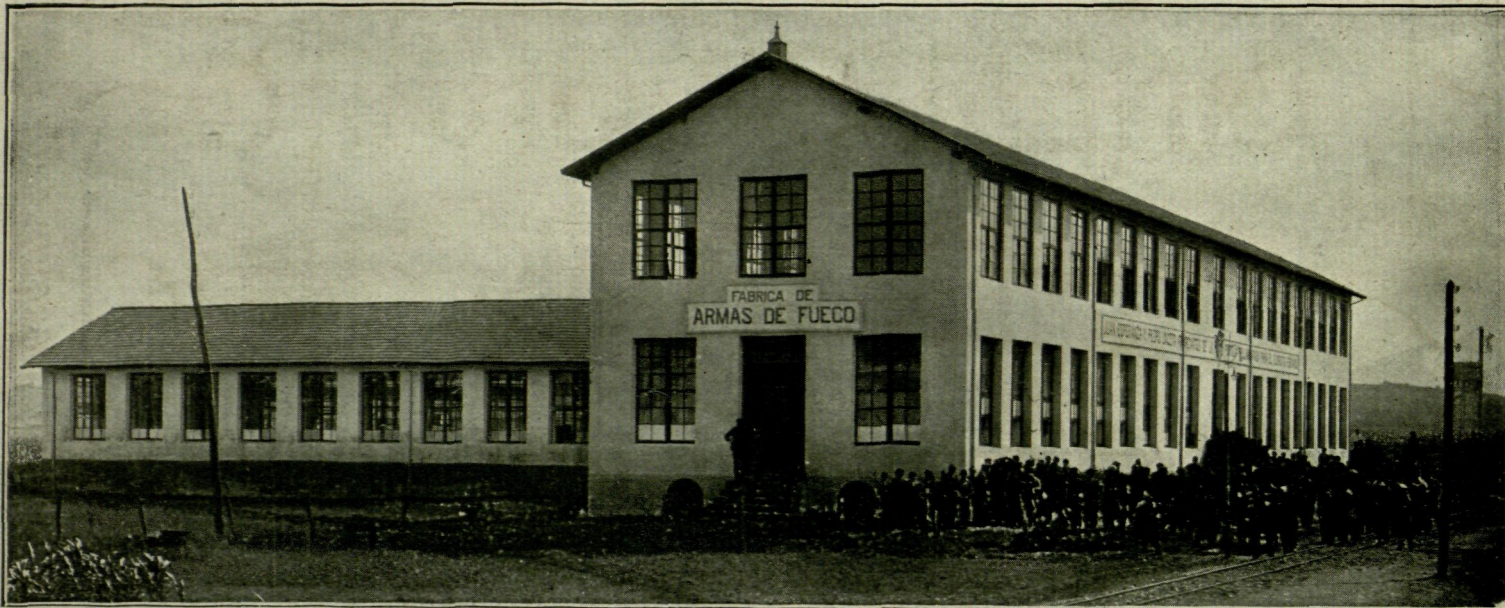
POR LA PATRIA Y POR EL REY



SOLDADOS DE LOS REGIMIENTOS REALES INGLESES, HERIDOS EN LA LINEA DE FUEGO, APROVECHANDO LA CONVALECENCIA EN INGLATERRA PARA AYUDAR EN LA FABRICACIÓN DE MUNICIONES

DIBUJO DE P. MATANIA

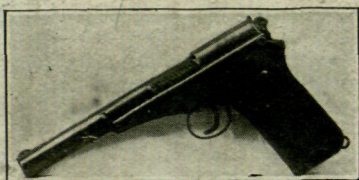
: LOS REYES : (VISITANDO LA FABRICA DE ARMAS DE LOS SRES. ESPERANZA Y UNCETA
EN GUERNICA



Vista de la fábrica, en el momento de salir un grupo de obreros

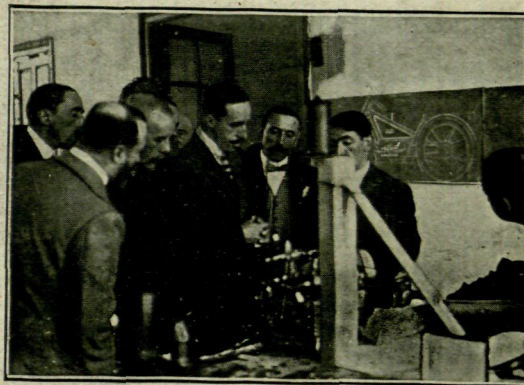


Los Sres. Gandarias, conde del Campo-Giro, D. Pedro Unceta, D. Juan Esperanza, D. Isidoro León y D. José Cáceres



Pistola "Campo-Giro"

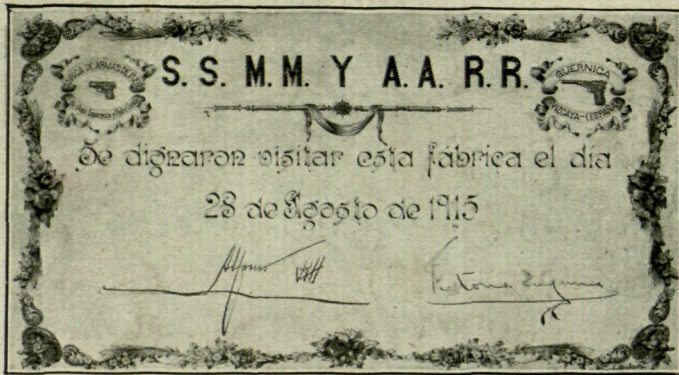
DURANTE la estancia de SS. MM. y AA. RR. en Guernica, una de las visitas que hicieron, y por la que S. M. el Rey mostró mayor interés, fué á la importantísima Fábrica de armas de los Sres. Esperanza y Unceta, la que en el transcurso de los dos años que lleva establecida, ha tomado tal incremento,



El fabricante é inventor del motor "Sorrigueta", explicando su funcionamiento á S. M. el Rey

que hoy día es una de las más importantes de España.

SS. MM. recorrieron todas las dependencias acompañados del Sr. Esperanza, que ostentaba la condecoración que recientemente le ha concedido el Rey. El Sr. Esperanza, fué explicando á don Alfonso el funcionamiento de la maquinaria, en la que se fabrican las pistolas Victoria, Astra y Campo-Giro, esta última reglamentaria para el ejército, arma de una solidez, alcance y precisión admirables é infinitamente mejor que todas sus similares del extranjero. Una de las cosas que más agradó á S. M. fué el saber que toda la maquinaria y las herramientas para su fabricación han sido ideadas y construídas por el Sr. Esperanza. También se detuvo D. Alfonso viendo funcionar un nuevo motor para motocicletas, invento de D. Pedro Sorrigueta,



el cual iba á construirlo en el extranjero y que á instancias del Sr. Esperanza, que puso la fábrica á su disposición, y á las del Sr. Gandarias, se decidió á dejar su invento en España. S. A el infante D. Alfonso, como director del aerodromo militar, felicitó al Sr. Sorrigueta por su acierto y le encargó un motor para ponerlo en un aeroplano.

Durante la estancia de SS. MM. y AA. RR. en la fábrica, todos los obreros, unos 250, estaban en sus puestos, y D. Alfonso estuvo conversando con algunos, preguntándoles los diversos trabajos y la producción de la fábrica, que alcanza á más de 200 pistolas diarias. Terminada la visita, SS. MM. felicitaron á los Sres. Esperanza y Unceta por su labor, animándoles en su empresa, que consideraban como una gloria para España.



Llegada de SS. MM. y AA. RR. á la explanada de la fábrica



Sala de examen y montaje de pistolas automáticas

